

NORA ROBERTS

Por impulso



Rebecca tomo la decisión más importante de su vida cuando lo dejó todo y se marchó a Grecia en busca de aventuras. Allí conoció a Stephen Nickodemus y ambos se dejaron llevar por sus impulsos, sin darse cuenta de que no siempre es bueno precipitarse.

Este relato forma parte del libro «Tiempo de estrellas», publicado en papel junto a las autoras Isabel Keats, Anna Casanovas y Erika Fiorucci.



Nora Roberts

Impulso

ePub r1.2

Titivillus 13.11.16

Título original: *Impulse*
Nora Roberts, 1989
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Uno

Ella sabía que era una locura y eso era precisamente lo que más le gustaba. Era ridículo, demencial, poco práctico y estaba completamente fuera de lugar. Y Rebecca se lo estaba pasando como nunca. Desde la *suite* del hotel podía ver la playa, el azul profundo del mar Jónico teñido de rosa al atardecer.

Corfú. Incluso el nombre sonaba a misterio. Y ella estaba allí. Ella, la práctica y firme Rebecca Malone que nunca había viajado a más de quinientos kilómetros de Filadelfia, estaba en Grecia. Y no sólo en Grecia sino en la exótica Corfú, uno de los lugares de veraneo más atractivos de Europa.

En primera clase. Se asomó a la ventana para que la brisa le acariciase el rostro. Mientras que durara, siempre en primera clase.

Su jefe había pensado que sufría un ataque de locura. Edwin McDowell de McDowell, Jableki & Kline, nunca llegaría a entender los motivos por los que la joven contable diplomada con más futuro de la empresa más importante de Filadelfia renunciaba a su puesto. Tenía un buen sueldo, disfrutaba de excelentes beneficios e incluso tenía una pequeña ventana en su oficina.

Sus amigos y conocidos se preguntaban si no estaría sufriendo una crisis nerviosa. Después de todo, no era el estilo de Rebecca renunciar a un buen trabajo sin la perspectiva de otro mejor.

Luego, cuando vendió su piso y en la misma frenética semana subastó todo lo que poseía, desde los muebles hasta la última sartén, todos se convencieron de que estaba mal de la cabeza.

Rebecca no se había sentido más cuerda en toda su vida.

No poseía nada que no le cupiera en la maleta. Ya no se preocupaba

por las inversiones desagradables ni por los planes de jubilación. Convirtió sus acciones, recogió sus cosas de la mesa del despacho, y se adentró alegremente en el mundo de los desempleados.

Hacía seis semanas que no veía un ordenador o una calculadora.

Por primera, y quizá única vez en su vida, se sentía completamente libre. No tenía responsabilidades. Se habían terminado las prisas y las presiones. No tenía despertador. ¿Loca? No. Rebecca sacudió la cabeza y se rió como si la brisa pudiera entenderla. Hasta que durara, iba a aferrar la vida con las dos manos para saber lo que tenía que ofrecerla.

La muerte de su tía Jeannie había marcado el punto decisivo. Sucedió de repente y Rebecca se quedó sin familia. La tía Jeannie había trabajado duro a lo largo de sus sesenta y cinco años, siempre puntual, siempre responsable. Su trabajo como bibliotecaria jefe había sido todo para ella. Nunca había faltado ni un solo día. Sus facturas estaban pagadas y jamás había roto una promesa.

A Rebecca le habían dicho en más de una ocasión que seguía los pasos de su tía. Sólo tenía veinticuatro años pero era... había sido tan formal y diligente como su tía. Dos meses después del fallecimiento había empezado a hacer planes para viajar y disfrutar de las recompensas por las que había trabajado tan duramente.

El dolor que había sentido había dado paso al furor, para luego convertirse en frustración al darse cuenta de que llevaba el mismo camino que su tía. Trabajaba, dormía, hacía una dieta equilibrada pero siempre comía sola. Tenía un pequeño círculo de amigos que sabían que podían contar con ella en caso de crisis. Rebecca siempre encontraba la respuesta más práctica. Nunca les agobiaba con sus problemas porque no tenía ninguno. La bendita Rebecca que era un refugio para las tormentas.

Odiaba todo aquello y había comenzado a odiarse a sí misma. Tenía que hacer algo. No se trataba de escapar sino de liberarse. Toda la vida había hecho lo que se esperaba de ella. En el instituto, su timidez exagerada había hecho que se sintiera más a gusto con los libros que con sus compañeros. En la universidad, la necesidad de justificar la fe que su tía había depositado en ella la habían hecho concentrarse exclusivamente en los estudios. Siempre había tenido facilidad para los números. Había sido fácil, quizá demasiado, especializarse en ese área porque sólo allí se encontraba segura.

Y ahora iba a descubrir a la auténtica Rebecca Malone. En las semanas, o meses, que le quedaban de libertad, se proponía averiguar todo lo posible acerca de la mujer que llevaba dentro. Quizá no hubiera una mariposa dentro del capullo en el que se había envuelto, pero fuera lo que fuera, Rebecca esperaba que le gustase y quizá incluso llegara a respetar a la desconocida que habitaba en su interior.

Cuando se le acabara el dinero, conseguiría otro trabajo y volvería a ser la Rebecca sencilla y práctica que todos esperaban. Hasta ese momento era rica, no tenía ataduras y estaba preparada para las sorpresas.

También tenía hambre.

Stephen se fijó en ella en cuanto Rebecca entró en el restaurante. No era particularmente llamativa, pero había algo atractivo en su manera de andar. Era como si estuviese preparada para cualquier cosa e incluso fuera buscándola. Stephen se detuvo, el negocio era tranquilo a aquellas horas, y volvió a mirarla con más detenimiento.

Era alta y esbelta. Su piel era blanca, lo que decía a las claras que acababa de llegar a la isla. Llevaba un vestido blanco que dejaba al descubierto la espalda y los hombros contrastando fuertemente con su pelo negro.

Ella se detuvo y respiró profundamente. Stephen casi pudo oír su suspiro de satisfacción. Dedicó una sonrisa al camarero mientras le seguía hasta la mesa que le había adjudicado.

Stephen decidió que tenía una cara bonita. Brillante, inteligente y vehemente. Sobre todo sus ojos. También eran pálidos, de un gris casi transparente. Sin embargo su expresión no tenía nada de pálida. Ella le volvió a sonreír al camarero y se rió mirando alrededor como si nunca en su vida hubiera sido tan feliz.

Cuando Rebecca vio al hombre que estaba apoyado en la barra, su timidez hizo que apartara la mirada automáticamente. Otros hombres atractivos la habían mirado antes, aunque no se podía decir que fuera cosa de todos los días. Rebecca nunca había podido llevarlo con el aplomo o el cinismo con que se lo tomaban la mayoría de las chicas. Levantó la carta del menú para ocultar la turbación que le producía.

Él no había pensado quedarse más tiempo, pero obedeciendo a un impulso repentino alzó la mano y le hizo una seña al camarero que

acudió al momento con presteza. El camarero asintió mientras Stephen le decía algo en voz baja y luego desapareció. Cuando volvió fue para servir una botella de champaña en la mesa de Rebecca.

—Con los saludos del señor Nickodemus —explicó el camarero.

—¡Oh! —exclamó ella siguiendo su mirada hasta el hombre que había en la barra.

Iba a decir algo pero se calló antes de tartamudear. Recordó que una mujer sofisticada jamás balbucearía ante una botella de champaña. La aceptaría con gracia y dignidad. Y quizá, si no era tonta del todo, se relajaría lo suficiente como para coquetear con el hombre que la invitara.

Stephen siguió con atención las expresiones que reflejaban su rostro.

—¡Fascinante! —musitó.

Se dio cuenta de que el vago aburrimiento que había estado sintiendo se había desvanecido. Cuando ella le sonrió, él no podía saber que tenía el corazón en un puño. Sólo vio que aceptaba su invitación.

Mientras se acercaba a la mesa, Rebecca pensó que no sólo era atractivo, sino que además era espléndido. Tenía una mirada atenta y una boca maravillosa. Rebecca tuvo la impresión de estar viendo a Apolo o a un antiguo dios griego. El sol reverberaba en su pelo rubio y su tez bronceada se veía en cierto modo resaltada por una cicatriz en la mandíbula. Un rostro que irradiaba fuerza con los ojos más azules que había visto nunca.

—Buenas tardes. Me llamo Stephen Nickodemus.

Su voz era rica y profunda, sin ningún acento en especial. Podía ser de cualquier parte. Aquello era lo que más le intrigaba.

Rebecca se obligó a adoptar una pose de mujer de mundo cuando le tendió la mano.

—Hola. Yo soy Rebecca, Rebecca Malone. Gracias por el champán.

Sintió una extraña agitación cuando le besó la mano. Rebecca la retiró sintiéndose como una tonta y la dejó en su regazo.

—Me pareció que era lo apropiado.

La estudió durante un momento, preguntándose por qué recibía unos signos tan contradictorios.

—Usted está sola.

—Sí.

Quizá había sido un error admitirlo, pero si iba a vivir la vida al

máximo, tenía que correr algunos riesgos. El restaurante no estaba abarrotado, aunque tampoco se hallaban solos. Se ordenó a sí dar un paso adelante e intentar otra sonrisa.

—Lo menos que puedo hacer es ofrecerle una copa.

Stephen se sentó frente a ella. Despidió al camarero y él mismo sirvió el champaña.

—¿Es usted americana?

—¿Se nota?

—No. En realidad pensaba que era francesa hasta que empezó a hablar.

—¿En serio? —dijo complacida—. Acabo de llegar de París.

Rebecca tuvo que obligarse a no tocarse el peinado. Se lo había cortado en un salón de belleza francés.

Stephen brindó entrechocando las copas. Los ojos de Rebecca burbujearon tan alegres como el champaña.

—¿Fue allí por negocios?

—No, sólo por placer —dijo pensando en que el mundo era maravilloso—. Es una ciudad encantadora.

—Cierto. ¿Y va muy a menudo?

—No lo suficiente —contestó con una sonrisa—. ¿Y usted?

—De vez en cuando.

Ella estuvo a punto de suspirar. Estaba con alguien que hablaba de ir a París «de vez en cuando».

—Hubiera querido pasar más tiempo allí, pero me había prometido a mí misma venir a Grecia.

Stephen pensó que había dado con la pista. Estaba sola, inquieta y huyendo. Quizá por eso mismo le había resultado tan atractiva. Él estaba en la misma situación.

—¿Corfú es su primera escala?

Ella bebió un sorbo dudando de si estaba en un sueño. Grecia, champán, aquel hombre...

—Sí. Es una isla muy hermosa. Mucho más de lo que imaginaba.

—¿Entonces es su primer viaje? —preguntó Stephen sin poder precisar por qué aquello le complacía—. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Tanto como quiera —dijo ella sonriendo. Era el sabor de la libertad—. ¿Y usted?

—Creo que más tiempo del que tenía planeado.

Entonces apareció el camarero. Stephen habló con él rápidamente en griego con el menú entre las manos.

—Si no le importa. Me gustaría guiarla por la cocina griega en su primera comida en la isla.

La antigua Rebecca hubiera estado demasiado nerviosa como para resistir una cena con un desconocido. La nueva Rebecca bebió otro sorbo de champaña.

—Me encantaría. Muchas gracias.

Resultaba fácil sentarse, reír y probar sabores nuevos. Olvidó que él era un extraño, que el mundo en el que estaba era sólo provisional. No hablaron de nada importante, París, el tiempo, el champaña... No obstante, estaba segura de que era la conversación más interesante que había tenido en toda su vida. Él la miraba como si estuviese encantado de pasar el tiempo hablando de cualquier cosa. El último hombre que había cenado con ella pretendía que le hiciera un descuento en su declaración fiscal.

Stephen no le pedía nada más que su compañía. Cuando la miraba, no parecía precisamente que fuera a preguntarle cómo se rellenaba el impreso de deducciones.

Cuando sugirió que dieran un paseo por la playa, ella aceptó sin remordimientos. ¿Qué mejor forma de coronar una velada que un paseo a la luz de la luna?

—He estado contemplando la playa desde mi ventana antes de cenar —dijo Rebecca quitándose los zapatos—. No se me ocurrió que estaría más bonita a la luz de la luna que de día.

—El mar cambia con la luz, como una mujer. De esa manera atrae a los hombres.

Stephen se detuvo a encender un puro delgado.

—¿Se siente atraído por el mar?

—Me he pasado la vida en él. De pequeño pescaba en estas aguas.

Le había contado durante la cena que había crecido viajando por las islas junto a su padre.

—Debe de ser emocionante ir de isla en isla. Ver algo nuevo todos los días.

Él se encogió de hombros. Nunca había estado seguro de si aquella

inquietud había nacido con él o era producto de su educación.

—Tenía sus buenos momentos.

—A mí me encanta viajar.

Rebecca dejó caer sus zapatos y metió los pies en el agua mientras reía. El champaña hacía su efecto. La luna era una caricia. Cuando las olas salpicaron su falda, no dejó de reír. Eran las olas sagradas del Mar Jónico.

—Si tuviera que decidirlo en una noche como ésta, jamás volvería a casa.

Ella emanaba vida. Estaba de pie en la orilla, vibrante, con su falda blanca ondeando en la brisa.

—¿Dónde vive?

Rebecca le miró. Su mirada incitante fue completamente espontánea y tuvo un efecto devastador.

—Todavía no lo he decidido. Tengo ganas de nadar.

Siguiendo un impulso, penetró en el agua. A Stephen le dio un vuelco el corazón cuando desapareció. Se había quitado los zapatos y avanzaba hacia el mar cuando ella salió a la superficie. Por segunda vez le pareció que su corazón se detenía.

Rebecca reía con el rostro vuelto hacia la luna. El agua caía en cascadas sobre su pelo, sobre su piel. Las gotas refulgían como joyas, las únicas que llevaba. No era hermosa, era eléctrica.

—Es maravillosa —murmuró él para sí—. Suave y maravillosa.

Stephen sacudió la cabeza y se adentró en el agua lo bastante para cogerla de la mano y llevarla a la orilla. Estaba un poco loca, pero era muy atractiva.

—¿Es siempre tan impulsiva?

—Lo intento. ¿Usted no? ¿O siempre les envía champán a las desconocidas?

—Cualquiera que fuera mi respuesta, me metería en problemas. Tenga —dijo ofreciéndole su chaqueta.

El rostro de Rebecca resplandecía. Había gracia y fuerza en sus pómulos y su barbilla ligeramente respingona. Era toda delicadeza excepto en su mirada. Cuando la miraba a los ojos veía fuerza, un poder que dormía.

—Eres irresistible, Rebecca.

Ella le miró confusa mientras él le colocaba la chaqueta sobre los hombros.

—Estoy mojada —acertó a decir.

—Lo que te hace más hermosa. Y fascinante.

Aún tenía las manos sobre su chaqueta cuando la atrajo hacia sí. Pero ella se echó a reír.

—No lo creo, pero gracias de todos modos. Me alegro de que me hayas invitado a champán y de que me hayas asesorado en la cena.

Rebecca notó que se ponía nerviosa. Él tenía la mirada fija en sus ojos. Sólo la apartó una vez para mirar su boca, húmeda de agua salada. Sus cuerpos estaban tan cerca que casi se rozaban. Ella empezó a temblar, pero sabía que no tenía nada que ver con que estuviera empapada.

—Tengo que volver a cambiarme.

Había algo en ella. La impulsividad, la incitación natural, y una inocencia inconfundible que atraía y confundía a Stephen. Fuera lo que fuera, quería más.

—Te veré otra vez.

—Sí —dijo ella intentando calmar su corazón—. No es una isla muy grande.

Él sonrió ante su ocurrencia. Rebecca sintió con una mezcla de alivio y arrepentimiento que sus manos se relajaban.

—Mañana tengo asuntos que atender. A las once habré acabado. Si te viene bien, te enseñaré Corfú.

—De acuerdo. Nos veremos en el vestíbulo.

El buen juicio y los nervios no tenían nada que decir; quería ir con él. Con cuidado, porque no sabía si al final se atrevería, se dio la vuelta. La luna dibujaba su silueta contra el mar.

—Buenas noches, Stephen.

Rebecca se olvidó de ser sofisticada y echó a correr hacia el hotel. Él la miró marchar. Aquella mujer le dejaba perplejo, tanto como no lo había hecho ninguna desde que era un niño, demasiado joven para comprender que a las mujeres no se las puede entender. Y la deseaba. Eso no era ninguna novedad, pero el deseo se había presentado con una fuerza y una velocidad sorprendentes.

Rebecca Malone había empezado siendo un impulso, pero se había convertido en un misterio que él se propuso resolver. Sonriendo, se

agachó a recoger los zapatos que ella había olvidado. Hacía muchos meses que no se sentía tan lleno de vida.

Dos

Stephen no era del tipo de hombres que trastocan su jornada para pasar el día con una mujer. Especialmente con una a la que apenas conocía. Era un hombre saludable, pero también un hombre ocupado al que la ambición y el orgullo le obligaban a mantener un alto grado de compromiso en todos sus proyectos. Era responsable y había aprendido a disfrutar de los beneficios de tener constancia y dedicación.

Aquellos días en Corfú no eran vacaciones, es decir, no habían sido planeados para disfrutar de unas vacaciones. Mezclar el placer con los negocios no era su estilo. Sin embargo, se encontró haciendo juegos malabares con citas, reuniones y conferencias para tener una tarde libre para dedicársela a Rebecca.

Pensaba que cualquier hombre querría conocer más a fondo a una mujer que tan pronto charlaba animadamente frente a una botella de champán como se zambullía vestida en el mar.

—He retrasado la reunión con Theoharis a las cinco y media de esta tarde —dijo su secretaria mientras tomaba notas en un bloc que tenía en el regazo—. Se reunirá contigo para tomar el aperitivo en la *suite*. Ya he encargado los entremeses y una botella de vino de ouzo.

—Tú siempre tan eficiente, Elana.

Ella sonrió mientras se atusaba el cabello con gesto coqueto.

—Eso intento.

Stephen se asomó a la ventana y ella juntó las manos en actitud de espera. Había trabajado durante cinco años para él. Admiraba su energía y su astucia para los negocios y, por fortuna para los dos, hacía tiempo que habían superado un primer desliz. Había especulaciones sobre su relación, pero aunque Stephen podía ser amable, los negocios eran los

negocios.

—Ponte en contacto con Mithos en Atenas. Quiero que me mande un télex con ese informe antes de la noche. Y quiero tener noticias de Lereau a las cinco, hora de París.

—¿Quieres que le llame y le dé un empujoncito?

—Si piensas que es necesario...

Se metió las manos en los bolsillos; estaba inquieto. Se preguntaba de dónde provenía su descontento. Era un hombre que gozaba de salud, de éxito y de libertad para ir donde quisiera. Mientras contemplaba el mar, recordó el aroma de la piel de Rebecca.

—Manda flores a la *suite* de Rebecca Malone. Flores silvestres, y que sea esta tarde.

Elena lo anotó esperando poder echarle un vistazo a esa tal Rebecca en cuanto pudiera. Stephen le había contado de pasada que había cenado con una americana.

—¿Y la tarjeta?

—Sólo mi nombre.

Él no era un hombre hecho para la poesía.

—¿Algo más?

—Sí —dijo con una sonrisa—. Tómame un rato libre y vete a la playa.

Ella se levantó.

—Me aseguraré de cumplir tu encargo. Que pases una buena tarde, Stephen.

Eso se proponía. Consultó su reloj cuando ella se marchó. Eran las once menos cuarto. Podía hacer algunas llamadas para aprovechar el tiempo. En lugar de eso, recogió los zapatos de Rebecca y salió.

Al tercer intento, Rebecca se decidió por un conjunto. No tenía demasiada ropa porque prefería gastarse el dinero viajando. Pero se había permitido algunos caprichos en su recorrido por Europa. Nada que recordase a los trajes insulsos de una contable diplomada. Se ajustó un fajín fucsia sobre unos pantalones de algodón azul zafiro. Nada de zapatos delicados o de blusas color pastel. El último toque de color lo dio una blusa ancha amarillo pálido con el cuello a juego con los pantalones.

La combinación le encantaba, aunque sólo fuera porque su antigua empresa hubiera preferido un color menos llamativo y una línea más austera.

No sabía a dónde se dirigía, y tampoco quería saberlo.

Hacía un día hermoso, aunque se había levantado con un molesto dolor de cabeza fruto de la resaca que acompañaba al champaña. Hizo un desayuno ligero en su terraza y luego se zambulló en el mar. Aquello bastó para aclarar su mente. Aún no se había acostumbrado a poder haraganear una mañana a su gusto y todavía no se creía que iba a pasar la tarde con un hombre al que acababa de conocer.

La tía Jeannie hubiera chasqueado la lengua y le hubiera recordado los peligros de ser una mujer soltera. Algunas de sus amigas se hubieran sorprendido, otras la hubieran envidiado. Pero todas se hubieran quedado pasmadas de que Rebecca hubiera paseado a la luz de la luna con un hombre atractivo que tenía una cicatriz en la mandíbula y una mirada de terciopelo.

Si no hubiera tenido su chaqueta como prueba, habría pensado que se trataba de un sueño. A menudo se había imaginado a sí misma en un lugar exótico con un hombre igualmente exótico. Siempre a la orilla del mar, con luna y música. En aquellos momentos siempre tenía que rechazar los sueños y volver al ordenador y al trabajo.

Pero aquello no lo había soñado. Todavía recordaba la sensación de alegría y de terror que la había recorrido cuando él le había puesto la chaqueta sobre los hombros y la había atraído hacia sí, cuando sus bocas habían quedado sólo a pocos centímetros de distancia, al tiempo que el mar y la bebida resonaban en su cabeza.

¿Qué hubiera sucedido si la hubiera besado? ¿Qué sabores habría conocido? Estaba segura de que sería un sabor rico y fuerte. Se pasó un dedo por los labios convencida de que no había nada tibio en Stephen Nickodemus. Sin embargo no estaba tan segura con respecto a ella misma.

Probablemente hubiera titubeado y se hubiera puesto colorada. Apartó aquellos pensamientos y comenzó a cepillarse el pelo. Los hombres atractivos no se morían por besar a mujeres de mente práctica.

Pero le había pedido que se vieran de nuevo. Rebecca no tenía claro si se sentía desengañada o aliviada de que él no se hubiera aprovechado de aquella ventaja para besarla. Ya la habían besado y abrazado antes, pero intuía que sería algo muy diferente con Stephen. Quizá le hiciera querer más, ofrecer más de lo que nunca había ofrecido a ningún hombre.

Eran demasiados sueños, decidió mientras revisaba el contenido de su bolso. Además, no iba a tener una aventura ni con él ni con nadie. Incluso la nueva Rebecca Malone no era de esa clase de mujeres. Aunque quizá... Rebecca se mordió el labio inferior. Quizá pudiera tener un romance que recordar mucho tiempo después de haber abandonado Grecia.

Ya estaba lista, pero era demasiado pronto para bajar al vestíbulo. No creía que esperar diez minutos a la vista de todos encajase muy bien con la imagen de mujer de mundo que quería dar. No quería que él pensara que estaba ansiosa y mucho menos que carecía de experiencia.

Una llamada a la puerta evitó que se volviera a cambiar de ropa.

—Hola.

Stephen la estudió sin sonreír. Casi había estado seguro de que había exagerado, pero ella seguía igual de vibrante que la noche anterior. Le entregó los zapatos.

—Se me ocurrió que los podías necesitar.

Ella rió acordándose de su zambullida repentina.

—No me había dado cuenta de que me los había dejado. Pasa un momento.

Obedeciendo al sentido del orden que le habían inculcado desde niña, los guardó en el armario del baño.

—Yo estoy preparada, cuando quieras.

Stephen levantó una ceja. Le gustaba la puntualidad, pero no la esperaba más que en los negocios.

—Tengo un *jeep* esperando. Algunos caminos son bastante malos.

—Parece excitante.

Rebecca cogió su bolso y un sombrero de paja. Le entregó a Stephen su chaqueta impecablemente doblada.

—Me olvidé de devolvértela anoche.

Cuando él se la quedó mirando, Rebecca se preguntó si debería ofrecerse a hacérsela limpiar. Juguetó con la correa del bolso y decidió que no.

—¿Te molesta que lleve la cámara? —preguntó ella.

—No, ¿por qué iba a molestarme?

—Porque hago montones de fotografías. Es algo que no puedo evitar.

No bromeaba. Conforme se dirigían a las colinas tomaba fotos de

todo. De las ovejas y los huertos de tomates, de los olivares y las plantas de salvia dispersas. Stephen detuvo el coche para que ella pudiera ir hasta el borde de un acantilado y admirar la pequeña aldea que colgaba sobre el mar.

A Rebecca le hubiera gustado poder filmar aquella aldea. Sabía que nunca podría olvidar esa luz diáfana y pura, los tejados de color naranja contrastando con las casas bajas y encaladas. El azul peligroso y profundo del mar en su lucha contra los acantilados.

Había redes secándose al sol en la playa y niños jugando junto a ellas. Las flores silvestres formaban macizos más espectaculares que cualquier arriate de jardín.

—Es hermoso —pronunció ella con un nudo en la garganta—. Hay tanta paz. Me imagino a las mujeres amasando pan de centeno y a los hombres volviendo a casa con el olor a pescado y a mar en las ropas. Parece como si no hubiera cambiado en cien años.

—Ha cambiado muy poco —dijo él asombrándose más que complacido de que a ella le afectaran las cosas más simples y sencillas—. Nos asomamos a la antigüedad.

—Aún no he estado en la Acrópolis, pero no creo que sea más espectacular que esto.

En la cima del acantilado, ella lo absorbía todo. La caricia de la brisa marina, la claridad de los colores y el sonido y la presencia del hombre que se hallaba a su lado.

—No te he dado las gracias por tomarte la molestia de enseñarme todo esto.

Él tomó su mano, no para besarla, sino solamente por el placer de tocarla, una necesidad de la que no había sido consciente.

—Disfruto volviendo a ver estos lugares a través de tus ojos.

A Rebecca le parecía que de pronto el borde del acantilado estaba demasiado cerca, que el sol calentaba demasiado. ¿Podía él ser el causante de todo eso con sólo cogerla de la mano? Se esforzó por sonreír.

—Si alguna vez pasas por Filadelfia, haré lo mismo por ti.

Por un momento ella pareció casi asustada. Frágil y asustada. Stephen siempre evitaba con cuidado a las mujeres a las que se les podía hacer daño fácilmente.

—Tendré en cuenta tu promesa.

Continuaron el viaje por unos caminos empinados y llenos de curvas. Rebecca vio por primera vez un *agrimi*, la cabra salvaje de Grecia. Había prados salpicados de piedras y ovejas enjutas. En todas partes, intensos y desafiantes, los colores de las flores silvestres enriquecían el paisaje.

Stephen no protestó cuando ella le pidió que se detuvieran para tomar fotos de unos diminutos capullos azules que crecían en las grietas de las rocas. La observó maravillarse ante un arbusto de espino coronado de flores amarillas. Ella le hacía darse cuenta, con un sentimiento de pesar, de que habían pasado muchos años desde que no contemplaba las cosas simples y vitales que había en la isla.

A menudo, el camino serpenteaba por acantilados que caían a pico sobre el mar. Rebecca, que era demasiado tímida para enfrentarse al tráfico de los automóviles en hora punta, los encontró excitantes.

Le parecía ser otra persona. Reía con la caricia del viento mientras se sujetaba el sombrero que corría peligro de salir volando.

—¡Me encanta! —gritó por encima del ruido del motor y del ulular del viento—. Es una isla salvaje, antigua e increíble. No se parece a ningún lugar que haya conocido antes.

Stephen llevaba gafas de sol y sujetaba un puro entre los dientes mientras conducía. Ella le hizo una foto y él detuvo el coche para sacarle otra a Rebecca.

—¿Tienes hambre?

—Mucha.

Él se inclinó sobre ella para abrirla la puerta. Rebecca sintió que una descarga eléctrica le recorría el cuerpo con fuerza cuando Stephen se quedó parado con el brazo tendido y el rostro muy cerca del suyo. Stephen notó la misma sensación de la noche anterior, una sensación de proximidad, fresca y seductora. Y la inocencia, que le resultaba aún más tentadora por contradictoria. Levantó la mano y le acarició la mejilla. Era tan suave como su aroma, y aquello fue una especie de prueba para ambos.

—¿Tienes miedo de mí, Rebecca?

—No. ¿Debería tenerlo?

Estaba casi segura de que había dicho la verdad. Él no sonrió. Al otro lado de las gafas de color ámbar vio que la mirada de Stephen era muy intensa.

—Yo no estoy tan seguro.

Cuando se irguió, la escuchó suspirar. Él tampoco estaba demasiado sereno.

—Bueno, tendremos que hablar un poco.

Rebecca se bajó del coche. Con la mente agitada echó a andar por el sendero polvoriento. Se decía a sí misma que una mujer de mundo no se ponía a temblar cada vez que un hombre se acercaba. Stephen sacó la cesta de la comida del maletero.

Ocupado con sus propios pensamientos, Stephen llegó hasta ella. Dudó un momento y luego le cogió la mano. Aquel gesto sencillo le hacía sentirse bien. En silencio, cruzaron un olivar. El sol caía con fuerza sobre las hojas polvorientas y el suelo pedregoso. Ya no se oía el rumor del mar, pero cuando el viento llegaba de la dirección correcta, sí se podían escuchar los gritos de las gaviotas. La isla era pequeña, pero aquel lugar parecía deshabitado.

—No he comido en el campo desde hace años —dijo extendiendo un mantel—. Y nunca lo he hecho en un olivar. ¿No vendrá nadie a echarnos?

—No.

Stephen sacó de la cesta una botella de vino blanco. Rebecca le dejó abrirla y ella se encargó de sacar la comida.

—¿Conoces al dueño?

—El dueño soy yo.

Ella miró a su alrededor queriendo grabar en su memoria cada hoja y cada piedra. Debería haber supuesto que él sería el propietario de algo diferente, impresionante.

—Suenan muy romántico tener un olivar.

Él levantó una ceja. Tenía varios olivares, pero nunca se le había ocurrido pensar que fuera algo romántico. Sólo se trataba de un negocio más. Le ofreció un vaso de vino y luego brindaron.

—Por lo romántico.

Rebecca bajó los ojos para combatir su timidez. Para Stephen resultó un gesto provocativo.

—Espero que tengas hambre —dijo ella sabiendo que hablaba demasiado deprisa—. La comida tiene un aspecto formidable.

Bebió un trago para refrescar la garganta que se le había secado y

continuó sacando cosas de la cesta.

Había olivas negras del tamaño de un dedo pulgar y un gran trozo de queso curado. Y también cordero frío, pan y fruta que parecía recién cogida.

Poco a poco se fue tranquilizando.

—Me has dicho muy poco de ti misma —comentó él—. Lo único que sé es que eres de Filadelfia y que te gusta viajar.

¿Y qué más podía contarle? Un hombre como él se aburriría con la triste historia de Rebecca Malone. Nunca había sido muy buena mintiendo, de modo que optó por un camino intermedio entre la verdad y la ficción.

—No hay mucho más. Crecí en Filadelfia. Perdí a mis padres cuando era pequeña y me fui a vivir con mi tía Jeannie. Ella fue muy cariñosa conmigo y me ayudó a soportar su pérdida.

—Es doloroso —dijo él recordando no sólo el dolor sino la furia que había sentido al morir su padre, dejándole huérfano a los dieciséis años—. Esas cosas te roban la infancia.

—Es verdad —dijo sintiéndose más cercana a él. La entendía y eso le daba seguridad—. Quizá sea el motivo por el que me gusta viajar. Siempre que ves un sitio nuevo puedes volver a ser niño.

—¿Y no quieres echar raíces?

Ella lo miró. Estaba apoyado en el tronco de un árbol fumando perezosamente.

—No sé qué busco.

—¿Hay un hombre?

Stephen tomó su mano haciendo que se acercara más a él.

—¿Ninguno?

—No. Yo...

No estaba segura de lo que iba a decir, pero se quedó muda cuando él le dio la vuelta a la mano y la besó la palma. Rebecca sintió que su mano empezaba a arder y que el fuego se propagaba por todo su cuerpo.

—Eres muy sensible —dijo él bajando la mano pero sin soltarla.

Stephen sentía el calor, pero no estaba seguro de si provenía de su propia mano o de la de ella.

—Si no hay ninguno, los hombres de Filadelfia deben de ser un poco lerdos.

—He estado muy ocupada.

Stephen sonrió levemente. La voz de Rebecca temblaba y había pasión en su mirada.

—¿Sí?

—Sí.

Temerosa de hacer el ridículo, retiró la mano y se la pasó por los cabellos.

—Todo esto es precioso. ¿Sabes lo que necesito?

—No. Dime.

—Otra foto —dijo levantándose de un salto. Sonrió sintiéndose más tranquila—. Un recuerdo de mi primera comida en un olivar. Veamos. Ponte allí. El sol es perfecto frente a ese árbol y podré encuadrar esa parte.

A Stephen le resultaba divertido.

—¿Cuánta película te queda?

—Éste es el último rollo, pero te advierto que tengo montones en el hotel.

Él observó cómo enfocaba y ajustaba la cámara con manos hábiles. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que podía sentirse atraído tanto por su belleza como por su capacidad. Ella murmuró algo para sí misma y echó la cabeza hacia atrás de forma que sus cabellos ondearon por un instante. Stephen notó que el estómago se le encogía.

La deseaba. Ella no había hecho nada para que se sintiera tan tenso y ardiente. No podía acusarla de haber coqueteado con él y sin embargo se sentía tentado. Por primera vez en su vida, una mujer que no había hecho nada más que ofrecerle su compañía y unas cuantas sonrisas lo había seducido.

Ella seguía charlando mientras acomodaba la cámara en el saliente de un olivo. Hablaba como si fueran amigos, como si no sintiese más que un ligero afecto por él. Pero Stephen sentía que le hervía la sangre cuando recordaba el fuego que había aparecido sólo por un instante en su rostro. Quería verlo otra vez.

—Ahora pondré el *timer* —continuaba ella al margen de sus pensamientos—. Sólo tienes que quedarte ahí. Una vez que ajuste este maldito cacharro correré hacia ti para que salgamos los dos en la foto.

Cruzó los dedos y echó a correr hacia Stephen.

—Si no he metido la pata, disparará sola y...

El resto del mundo se desvaneció cuando Stephen la abrazó y capturó sus labios.

Tres

Calor, luz, vértigo. Rebecca experimentaba nítidamente cada sensación. Urgencia, anhelo, impaciencia. Los sentía en sus labios con un regusto a miel silvestre. Aún sin haberse besado, Rebecca había sabido con exactitud cómo sería estar con él boca contra boca, deseo contra deseo.

En un instante, el mundo se había reducido de lo visible a una nube de pura emoción. La arropaba sin miramientos, cálida e irresistible. Atrapada entre el miedo y el deleite, alzó una mano para acariciarle la mejilla.

Ella era dulce. Cuanto más la abrazaba excitado por la simplicidad de su aceptación, más lo desarmaba y afectaba su dulzura. Había dudado casi imperceptiblemente antes de entreabrir los labios bajo los suyos. Pero luego, incitante, le había aceptado.

Ella emitió un suspiro demasiado débil para ser oído cuando él le pasó sus manos por la espalda hasta los hombros. Era curiosa, sencilla, generosa. Un hombre podía ahogarse en su dulzura, caer prisionero de su docilidad. Y también podía salvarse por ella. A la sombra del antiguo olivo, ella le daba algo más, le daba esperanza.

Él murmuraba frases de amor en griego. Las palabras no significaban nada para ella, pero su sonido en el aire quieto, la sensación de que le acariciaban la piel... ¡Seducción! ¡Gloriosa seducción!

El placer ardía en su sangre, en su cabeza, en su corazón. Millares de pequeñas burbujas que la obligaban a estrecharse contra él.

Aquella explosión silenciosa lo envolvió. Su pecho se tensó y sus sentidos se confundieron. Rebecca se amoldaba a su abrazo como si hubiera nacido para estar allí, como si se conocieran de antes, como si se

hubieran amado antes. Parecía que había una erupción entre ellos, algo cálido que surgía potente, peligroso. Pero no era algo nuevo. Era el eco susurrado de pasiones sin tiempo.

Rebecca empezó a temblar. No se explicaba cómo aquello podía resultarle tan familiar. No era posible sentirse tan amenazada y segura al mismo tiempo. Se abrazó a él mientras que una imagen vaga acudía a su mente. Le había besado antes. A través del torbellino de su mente, se oyó a sí misma contestarle con los mismos murmullos. Tan libre e inevitablemente como el sol alumbraba, las respuestas fluían de ella. No podía hacer nada por evitarlo. Asustada por la pérdida de control, se debatió contra él a pesar suyo.

Stephen se separó levemente para contemplarla, para ver cómo la había afectado su abrazo, cómo la había cambiado. También le había cambiado a él. La pasión hacía que los ojos de Rebecca parecieran más seductores, aunque en ellos había una nube de temor. Sus labios estaban rojos y llenos. Su aliento salía entrecortadamente entre ellos. Bajo sus manos podía sentir el calor de su piel y el temblor involuntario de sus músculos.

Mientras la estudiaba, Stephen supo que no actuaba. Tenía entre sus brazos la inocencia y el deleite en persona.

—Stephen yo...

—Bésame.

El rostro de Stephen ocupó su mundo y Rebecca se perdió. Nunca había imaginado que un hombre pudiera abrazarla de tantas maneras, que pudiera besarla de formas tan diferentes. Sus labios persuadían más que demandaban. Saboreaban en vez de devorar. Su rendición sobrevino en calma, tan inconfundiblemente como su pasión. Dejó de temblar y el temor se esfumó. Con una confianza tan ciega que les sorprendió a los dos, se apretó contra él para ofrecerse.

Stephen se apartó, más excitado por la serenidad de ella que por la tormenta de besos. Tenía que hacerlo o lo que había empezado terminaría sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra. Mientras que él maldecía mientras encendía un puro, Rebecca tuvo que apoyarse en un árbol.

Sólo habían transcurrido unos pocos minutos y Rebecca se sentía como si hubieran pasado años. En un lugar como aquél con un hombre

como Stephen, ¿qué era un año o un siglo?

Medio aterrorizada, se llevó la mano a los labios. Todavía tenían su sabor. Nada podía volver a ser como antes, nunca.

Stephen miraba la dura y polvorienta tierra que le había visto crecer. Más allá estaban las rocas que había escalado de niño.

¿Qué estaba haciendo con ella? Tiró el puro sintiéndose furioso. Lo que sentía era algo nuevo y nada cómodo y él prefería la comodidad. Comodidad y libertad. Controlándose, se volvió hacia ella para tratar lo que había sucedido como un hombre. Es decir, a la ligera.

Ella permanecía de pie entre el sol y la sombra del olivo. En su mirada no había ni incitación ni reproches. No retrocedía ni se encaraba con él, tan sólo estaba allí con una débil sonrisa en los labios. Era como si supiera todas las preguntas que él se hacía y conociera todas las respuestas.

—Se está haciendo tarde —dijo él.

Rebecca se sintió dolorida, pero luchó para que no se le notara.

—Creo que tienes razón.

Se pasó una mano por el pelo, lo que era la primera señal de agitación, y fue a recoger la cámara.

—Tendré una foto para recordar este momento —dijo ensayando un tono de voz indiferente.

Pero cuando sintió que él la cogía del brazo para que se diera la vuelta, se quedó sin aliento.

—¿Quién eres? —preguntó Stephen—. ¿Qué eres?

—No sé lo que quieres decir —dijo sintiendo que la emoción estallaba sin que pudiera dominarla—. Y tampoco sé lo que deseas.

Stephen le dio tal tirón que tropezó contra él.

—Sí sabes lo que quiero.

Rebecca tenía el corazón en la garganta latiendo desafortunadamente. Le extrañaba sentir deseo en lugar de temor. Nunca había sido consciente de que pudiera sentir algo tan poco razonable. Resultaba purificador experimentar esa sensación y verla reflejada en los ojos de Stephen.

—Hace falta algo más que una tarde —dijo en un intento de convencerse a sí misma—. Para mí hace falta algo más que una comida campestre y un paseo a la luz de la luna.

—Tan pronto te muestras tentadora como te haces la víctima

ultrajada. ¿Lo haces para confundirme, Rebecca?

Ella negó con un gesto y él le apretó más las manos.

—Pues funciona —murmuró entre dientes—. No he dejado de pensar en ti desde que te vi. Quiero hacer el amor contigo aquí, a pleno sol.

Rebecca notó que sus mejillas se congestionaban, que estaba azorada porque se lo podía imaginar a la perfección. Pero ¿entonces qué?

Con cuidado, se obligó a respirar normalmente. Aunque se hubiera dejado llevar por sus impulsos, aunque hubiera quemado las naves, todavía necesitaba respuestas.

—No —dijo luchando contra sus propias necesidades—. No cuando yo no estoy segura y tú te sientes furioso. Stephen, me estás haciendo daño y no creo que eso sea lo que quieres.

Él le soltó el brazo lentamente. Estaba enfadado y furioso, aunque no por la negativa. La ira provenía del deseo que ella despertaba en su interior, un deseo que se había presentado demasiado rápido y demasiado fuerte, más allá de su control.

—Nos vamos al hotel.

Rebecca asintió y se arrodilló para recoger los restos de la comida.

Stephen era un hombre ocupado, demasiado ocupado para obsesionarse con una mujer a la que apenas conocía y a la que no entendía en absoluto. Tenía informes que leer, llamadas por hacer y otras muchas cosas para las que no tenía ni ganas ni energía, pero se dijo que unos pocos besos no bastaban para distraer a un hombre de su trabajo. Pero no había habido nada de simple en aquellos besos. Disgustado, Stephen se levantó de su escritorio y se dirigió a la terraza. La había dejado abierta porque la brisa y la fragancia que había en ella le ayudaban a olvidar que debía permanecer allí.

Durante algunos días tuvo que esforzarse para cumplir con sus responsabilidades en un intento de olvidar su malestar. Un malestar que tenía nombre: Rebecca. Podía haberse ido a dirigir sus negocios a Atenas, Creta o Londres. Sin embargo, no hizo planes para viajar, aunque tampoco intentó aproximarse a ella.

Aceptó que ella le preocupaba. Sentirse atraído por una mujer atractiva era tan natural como respirar. Que esa atracción le produjera incomodidad, confusión y desasosiego no tenía nada de natural. No había tenido suficiente con aquellos besos. No obstante, dudaba.

Rebecca era misteriosa. Y quizá por eso no se la podía quitar de la cabeza. Por fuera daba la impresión de ser una mujer libre que se aferraba a la vida con ambas manos. Pero había corrientes subterráneas. Esas trazas de inocencia, de timidez, su dulzura. La complejidad de aquella mujer hacía que no dejara de pensar, de imaginar.

Quizá sólo fuera un truco de mujer. Era una pérdida de tiempo dejarse embrujar por su magia femenina. Pero había algo más que una innata gracia femenina en Rebecca.

Cuando la había besado, y aunque se tratara de la primera vez, había sido como volver a un amor después de una separación dolorosa. Cuando sus bocas se habían unido, había sentido que un ardor, una impaciencia, un conocimiento tomaba posesión de su cuerpo.

Stephen la conocía, lo sabía todo de ella y sin embargo no sabía nada.

Se dijo que eran fantasías. No tenía tiempo para divagaciones. Apoyado en la barandilla de la terraza encendió un puro y contempló el mar.

Como siempre, el mar evocó en él los recuerdos de una infancia despreocupada pero demasiado breve. Hubo un tiempo en que el sol era brillante y el mar azul e inmenso. Su padre le había enseñado a pescar y a descubrir la belleza y el encanto de los lugares nuevos. También le había enseñado a beber como un hombre.

Hacía quince años. Todavía echaba de menos a su padre; su compañía, su risa fuerte. Habían sido amigos además de padre e hijo. Entre ellos llegó a existir un vínculo tan fuerte y poderoso como no lo volvería a conocer nunca. Pero su padre había muerto tal como había querido hacerlo, en el mar y en lo mejor de su vida.

Si él hubiera visto a Rebecca, hubiera puesto los ojos en blanco y le habría apremiado a su hijo para que la disfrutara. Pero Stephen ya no era un niño. Era más cauteloso, más consciente de las consecuencias. Si un hombre se zambullía en el mar, debía conocer su profundidad y sus corrientes.

Entonces la vio salir del agua. Todo su cuerpo chorreaba brillando al sol. En los últimos días, su piel había adquirido un tono dorado. Mientras la miraba, notó que sus músculos se tensaban uno a uno. Sin que se diera cuenta, sus dedos se crisparon rompiendo el puro en dos. Nunca pensó que el deseo podía suscitar una reacción tan próxima a la ira.

Rebecca se detuvo. Aunque él sabía que no podía saber que la estaba mirando, muy bien podría estar actuando. Mientras que las gotas de agua resbalaban por su piel, ella se desperezó. El bañador descansaba en sus caderas de adolescente y giraba sugerente sobre las curvas sutiles de sus senos. En aquel momento ella estaba absorta por completo en su propio placer, tan indolente como un animal joven tendido al sol. Stephen no había visto nunca algo tan tentador.

Luego se pasó los dedos por el pelo, lentamente y sonriendo como si disfrutara con su tacto húmedo y sedoso. Él sintió que el aire le faltaba en sus pulmones. La hubiera matado por hacerle desear lo que aún no entendía.

Rebecca sacó una camiseta grande del bolso de paja y después de ponérsela, entró descalza en el hotel.

Él se quedó en la terraza esperando a que el deseo pasara. Pero creció más aún, mezclado con un dolor que le enfurecía y una nostalgia que terminó por aturdirle.

Debería ignorarla. El instinto le advertía que si no lo hacía su vida nunca volvería a ser la misma. Ella no era más que una distracción, un impulso pasajero que debería ser capaz de resistir. Debía centrarse en el trabajo. Tenía citas y obligaciones y no podía perder tiempo con fantasías. Tiró el cigarro soltando un juramento.

Había veces en las que un hombre debía confiar en el destino y zambullirse en él.

Cuatro

Rebecca acababa de cerrar la puerta cuando oyó que llamaban. El sol y el mar la habían dejado agradablemente cansada, pero todas sus ideas de echar una cabezadita se desvanecieron al ver a Stephen.

Él tenía un aspecto estupendo. Tranquilo y un poco despeinado. Durante varios días se había preguntado dónde se habría metido. Sintió que su pulso se aceleraba y que los labios dibujaban una sonrisa sólo con verle. Logró mantener un tono de voz casual a costa de un gran esfuerzo.

—Hola. No estaba segura de si todavía estabas en la isla.

Se dijo a sí misma que no era una mentira, al menos no del todo. Un informante anónimo le había asegurado que el señor Nickodemus no había dejado su habitación.

—Te he visto llegar de la playa.

—¡Oh!

Con un gesto inconsciente, se subió el cuello de la camiseta. Para Stephen fue otra señal contradictoria.

—No me canso del sol y del mar. ¿No quieres pasar?

Stephen entró y cerró la puerta suavemente. La pose que Rebecca había construido tan cuidadosamente comenzó a derrumbarse.

—No te he dado las gracias por las flores. Todavía están frescas. Esto... yo creí que te encontraría en el comedor o en la playa...

Sus palabras se perdieron cuando él levantó una mano y le acarició el cabello.

—He estado ocupado —dijo mirándola a los ojos que se empañaban al contacto de su caricia—. Negocios.

Era ridículo, lo sabía, pero no estaba segura de poder hablar.

—Si tenías que trabajar, dudo que pudieras encontrar un lugar más

hermoso.

Él se acercó. Rebecca olía a sol y a agua de mar.

—Disfrutas mucho de la isla.

Le había cogido la mano, pero eso bastaba para que sintiera flaquear las rodillas.

—Sí, mucho.

—Quizá te gustaría verla desde una perspectiva diferente.

Deliberadamente, para probarse a sí mismo y a ella, se llevó su mano a los labios. Apenas hubo rozado los nudillos cuando sintió la descarga. Rebecca también, eso podía verlo, de modo que no era sólo su imaginación.

—Pasa el día en mi barco.

—¿Cómo?

Stephen sonrió complacido con su turbación.

—¿Quieres venir mañana conmigo?

Rebecca quería ir con él a cualquier parte. Asombrada, dio un paso atrás.

—No tengo planes para mañana.

—Muy bien.

Stephen volvió a acortar la distancia entre ellos.

Ella alzó las manos para impedirlo y luego se calmó al ver que él no hacía ademán de tocarla.

—En ese caso los haré yo por ti. A las nueve pasaré a recogerte.

Un barco. Rebecca respiró hondo e intentó serenarse. Aquello era real, no como cuando soñaba despierta. Las rodillas no la sostenían y se sentía invadida por oleadas de deseo. Era maravilloso.

—Me encantará —dijo esbozando una sonrisa que esperaba fuese apropiada para una mujer de mundo.

—Hasta mañana, entonces. ¡Ah! Y no olvides tu cámara.

Ella esperó a que cerrase la puerta para ponerse a bailar de alegría.

Cuando Stephen habló de un barco, Rebecca se había imaginado un barco pequeño. En vez de eso, se encontró subiendo a la cubierta de caoba reluciente de un yate. Con sus más de treinta metros de eslora, tenía una forma verdaderamente hermosa.

—Podrías vivir aquí —dijo para desear de inmediato haberse mordido la lengua.

Pero Stephen se echó a reír.

—Vivo aquí bastante a menudo.

—Bienvenido a bordo, señor —dijo un hombre uniformado de blanco y con acento británico.

—Grady, te presento a mi invitada, la señorita Malone.

—Encantado, *madame*.

La fría reserva británica de Grady no vaciló ni siquiera un momento, pero Rebecca sintió que la estaba observando.

—Zarpa cuando estemos listos. ¿Te gustaría verlo? —dijo ofreciéndole el brazo a Rebecca.

—¡Claro! Me encantaría verlo todo.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no sacar la cámara que llevaba en el bolso.

Stephen la condujo abajo y le mostró cuatro camarotes decorados con elegancia. Su comentario acerca de vivir a bordo había sido impulsivo, pero pudo comprobar que podía hacerlo fácilmente e incluso con toda clase de lujos.

Arriba había un gran camarote acristalado donde se podía tomar el sol y contemplar el mar sin importar el tiempo que hiciese. Rebecca había oído decir que había gente que vivía así. Parte de su antiguo trabajo consistía en investigar y calcular cómo esa misma gente podía pagarle al gobierno lo menos posible. Pero estar allí no tenía nada que ver con hacer cálculos sobre un papel.

Había un aire de masculinidad en aquel camarote, en todo el barco. Cuero, madera y colores sobrios. Había una biblioteca, un bar y un equipo de música.

—Todas las comodidades del hogar —murmuró.

Pero se dio cuenta de que había puertas y paneles que podían asegurarse en caso de mal tiempo. Se preguntaba cómo sería estar en medio de una tormenta.

Rebecca lanzó una exclamación de sorpresa cuando sintió que el suelo se movía. Stephen la cogió del brazo para evitar que perdiera el equilibrio.

—Hemos zarpado. ¿Te asustan los barcos?

—No.

No podía admitir que el barco más grande en el que había estado

antes era una canoa biplaza de un campamento de verano.

—Me ha cogido desprevenida. ¿Podemos salir a cubierta? Me gustaría mirar el mar.

Se emocionó cuando el viento le azotó en la cara desordenando sus cabellos. Se apoyó en la barandilla para ver cómo se hundía la isla y el mar se ensanchaba. No lo pudo resistir y sacó unas cuantas fotos del barco alejándose de Corfú.

—Es mejor que volar. Te sientes parte del barco. ¡Mira! —dijo riéndose—. Las gaviotas nos siguen.

Stephen levantó la vista para ver a las gaviotas trazar círculos y gritar por encima de la estela. Pero prefería observar el deleite y la emoción que florecían en el rostro de Rebecca.

—¿Siempre disfrutas de todo tan completamente?

—Sí.

Intentaba apartarse el pelo del rostro, pero el viento lo volvía a lanzar contra sus ojos. Rió de nuevo y se apoyó de espaldas con la cara levantada hacia el sol.

Era irresistible. Él le puso las manos en las caderas y la hizo girar para que le mirase. Fue lo mismo que tocar un cable eléctrico. Una corriente los sacudió a los dos.

—¿De todo? —preguntó él.

Tenía las manos en su espalda y la empujó suavemente hasta que sus muslos se tocaron.

—No lo sé. No lo he probado todo.

Pero le hubiera gustado. Instintivamente, Rebecca le había puesto las manos en los hombros. Allí, con el rumor del mar y del viento y sintiéndose abrazada, hubiera querido probarlo. Sin pensar en ella misma, Rebecca se inclinó hacia él.

Stephen lanzó una maldición en voz baja y Rebecca dio un salto atrás como si hubiera gritado. Pero él tomó su mano mientras hacía un gesto hacia el mayordomo que acababa de aparecer con unas bebidas.

—Gracias, Víctor. Puedes retirarte.

Su voz era suave, pero Rebecca podía sentir la tensión de su mano mientras la conducía a una silla para ofrecerla un cóctel.

Pensó que él seguramente creería que era una estúpida. Cada vez que la tocaba, se echaba en sus brazos. Estaba claro que él sí que era un

hombre de mundo, y además muy amable. No todos los poderosos trataban con amabilidad a los que trabajaban para ellos. Esbozó una sonrisa mientras probaba su cóctel. Ella lo había sabido desde el principio.

Stephen sentía que su cuerpo era un torbellino. Ni siquiera en su juventud había encontrado una mujer que le afectara de esa manera. Sabía cómo persuadir, cómo seducir y hacerlo con elegancia. Pero cada vez que estaba más de cinco minutos en compañía de Rebecca, se sentía como un potro al que espolean y frenan al mismo tiempo.

Y se sentía fascinado por la facilidad con que ella se arrojaba a sus brazos, por la confianza que veía en sus ojos.

Encendió un cigarro para calmar su agitación. El pensamiento resultaba doloroso, pero su deseo era real. Si no podía haber elegancia, quizá sí pudiera haber candor.

—Te deseo, Rebecca.

Ella sintió que se le paraba el corazón y luego comenzaba a latir lentamente. Bebió otro sorbo y se aclaró la garganta.

—Lo sé.

Aquello la apabullaba, la halagaba y la aterrorizaba al mismo tiempo. Ella parecía tan serena que él sintió envidia por un momento.

—¿Quieres venir a mi camarote?

Rebecca le miró. Su mente decía una cosa y su corazón otra. Parecía muy fácil, muy... natural. Si había un hombre al que se pudiese entregar sin reservas, lo tenía delante. Las complicaciones que hubiera eran sólo suyas.

Pero no importaba lo lejos que hubiera huido de Filadelfia y de su estricta crianza. Había fronteras que no podía cruzar.

—No puedo.

—¿No puedes? ¿O no quieres?

Stephen encendió el cigarro asombrado de que estuvieran discutiendo sobre hacer el amor de la misma manera que podían discutir sobre qué les apetecía para cenar.

Ella suspiró y dejó el vaso sobre una pequeña mesa.

—Sí quiero, pero no puedo. Lo deseo mucho pero...

Sus ojos grandes y pálidos estaban fijos en él.

—¿Pero?

— Sé muy poco de ti. Apenas tu nombre y que tienes un olivar. No es suficiente.

Volvió a coger el vaso porque no sabía qué hacer con sus manos.

— Entonces tendré que contarte más cosas.

Stephen se recostó en la silla y notó que la tensión desaparecía con tanta rapidez como había llegado. Rebecca era capaz de provocar eso con sólo una sonrisa. No conocía a nadie que pudiera excitar y aplacar con tan poco esfuerzo.

— ¿Crees en el destino, Rebecca? ¿En algo inesperado que ni siquiera se busca? ¿Algo pequeño que a menudo cambia completa e irrevocablemente la vida?

Ella pensó en la muerte de su tía y en su decisión.

— Sí.

— Bien. Yo casi había olvidado que también creía en él hasta que te vi sentada sola.

Rebecca estaba descubriendo que había maneras y maneras de seducir. Una mirada, un tono de voz podían ser tan devastadores como una caricia. En aquel momento lo quería más de lo que alguna vez había pensado querer a nadie. Se levantó y fue a la barandilla para concederse un poco de tiempo y poner un poco de distancia de por medio.

Incluso el silencio de Rebecca era fascinante. Había dicho que sabía muy poco de él, pero Stephen sabía aún menos sobre ella. Pero no le importaba. Era peligroso y quizá destructivo, pero no le importaba. Mientras contemplaba cómo el viento hacía ondear sus ropas y sus cabellos, descubrió que no le importaba de dónde venía, ni lo que había sido ni lo que había hecho.

Se levantó y fue junto a ella dando la cara al mar.

— Cuando yo era muy joven, hubo otro momento en mi vida en que las cosas cambiaron. Mi padre era un hombre de mar. Vivía por él y murió por él. Yo tenía diez u once años. Todo marchaba viento en popa y las redes estaban llenas. Mi padre y yo caminábamos por la playa. Él se detuvo para meter la mano en el agua; la cerró y luego la abrió. «No puedes atraparla», me dijo. «No importa lo mucho que lo intentes, o lo mucho que ames, o lo mucho que sudes». Entonces metió la mano entre la arena. Estaba húmeda y la arena permanecía en su mano abierta. «Pero esto sí que lo puede coger un hombre». Nunca volvió a hablar de eso.

Cuando llegó el momento, le volví la espalda al mar y cogí la tierra.

—Era lo correcto para ti.

—Sí —dijo él acariciándole las puntas de los cabellos—. Era lo correcto. Tienes unos ojos grandes y tranquilos, Rebecca —murmuró—. Me pregunto si han visto lo suficiente como para saber qué es lo correcto para ti.

—Creo que he empezado a buscar un poco tarde.

El pulso se le había acelerado. Hubiera querido sentarse, pero Stephen se colocó de tal forma que estaba atrapada entre él y la barandilla.

—Tiemblas cuando te toco —le pasó la mano por el brazo hasta que se unió con la suya—. ¿Tienes idea de lo excitante que es eso?

—Stephen, hablaba en serio... —él rozó su sien con los labios—... cuando dije que no podía —le besó suavemente en la mejilla—. Necesito pensar.

Rebecca notó que sus dedos se aflojaban en la mano de Stephen. De pronto volvía a ser frágil, vulnerable.

—La primera vez que te besé no te dejé otra opción —dijo mientras la acariciaba con los labios—. Ahora la tienes.

Casi no la tocaba. Era como un aliento, como un suspiro, la promesa de una caricia. Aquel suave rozar de sus labios sobre la piel no era un beso, nunca se le podría llamar demanda. Ella sólo tenía que apartarse para eludir el tormento y la gloria.

—No —dijo ella buscando sus labios.

No había opción, ni pasado, ni futuro. Sólo aquel momento. Rebecca sentía el presente con todos los anhelos y deseos que había en su interior. El beso se hizo ardiente, desesperado. El corazón de Stephen latía contra el suyo como una tormenta mientras le echaba la cabeza hacia atrás. Nunca nadie la había tocado de aquella manera. Nadie le había advertido que un toque de violencia podía llegar a ser tan excitante. Su exclamación de sorpresa se convirtió en un gemido de placer al saborear la lengua de Stephen.

Él pensaba otra vez en rayos, bolas de fuego y destellos. Entre sus brazos ella era eléctrica, despedía chispas. Su aroma, tan acariciante como un susurro, le nublaba la mente mientras que su sabor aumentaba su apetito.

Ella era toda una mujer, era todas las mujeres y sin embargo no había ninguna como Rebecca. Con su nombre en los labios, presionó su boca contra su garganta allí, donde la piel estaba caliente por el sol.

Rebecca hubiera caído sobre cubierta como un muñeco si él no la hubiera abrazado con frenesí. Podía sentir que sus músculos se endurecían cuando la tocaba. Nunca se había sentido más frágil, más abandonada. El mar estaba en calma, pero ella se sentía en el ojo del huracán. Con un suspiro, le echó los brazos al cuello.

Fue la indefensión que traslucía aquel gesto lo que hizo que Stephen se retirase a tiempo. Debía de haberse vuelto loco. Por un momento, había estado a punto de arrastrarla a su camarote sin pensar en los deseos de Rebecca ni en las consecuencias. Cerró los ojos y la abrazó sintiendo el latido errático de su corazón.

«Quizá todavía esté loco», pensó Stephen, pues mientras el deseo se apaciguaba algo más profundo y mucho más peligroso florecía.

La quería de una forma tal que ningún otro hombre podía querer a una mujer. La quería para siempre.

Pensaba en el destino mientras le acariciaba el cabello. Parecía que se estaba enamorando, lo quisiera o no. En unas pocas horas que llevaba a su lado, estaba sintiendo mucho más de lo que nunca había imaginado que pudiera sentir alguna vez.

Se retiró con infinito cuidado.

—Quizá ninguno tengamos opción. Y si te vuelvo a tocar no te daré ninguna —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

Incapaz de fingir y sabiendo que ambos temblaban, Rebecca se pasó una mano por el pelo. No se molestó en disimular el temblor de su voz, tampoco hubiera sabido hacerlo.

—No quiero ninguna opción.

Ella vio que sus ojos se oscurecían con rapidez, pero lo que no podía ver era que las manos se crispaban dentro de los bolsillos, refrenándose.

—Me lo estás poniendo muy difícil —dijo Stephen.

Ella dejó escapar un suspiro. Nadie la había deseado así y quizá nadie volviera a hacerlo.

—Lo siento. No era mi intención.

Stephen se obligó a relajarse.

—No he dicho eso. Y ésta es una de las cosas que encuentro más

intrigantes de ti. Pero te tendré, Rebecca —vio que algo relampagueaba en sus ojos, una mezcla de pánico y excitación—. Estoy seguro de eso porque tú estás segura. Intentaré con todas mis fuerzas darte un poco más de tiempo.

—De lo que no estoy segura es de si debo darte las gracias o salir corriendo —dijo ella con humor.

Él sonrió, sorprendiéndose a sí mismo. Luego le acarició la mejilla.

—No te lo aconsejo, «amor mío». Te alcanzaría.

Rebecca no tenía dudas sobre eso. Bastaba con mirarle a la cara, aunque la sonrisa la había suavizado.

Era amable, pero detrás de su sonrisa advertía una decisión implacable.

—Entonces tendré que darte las gracias.

—De nada.

Stephen se dio cuenta de que tendría que ser paciente y rápido.

—¿No te gustaría tomar un baño? Hay una bahía perfecta muy cerca de aquí.

Rebecca pensó que el agua calmaría sus nervios.

—Me encantaría.

Cinco

El agua estaba fresca y clara. Rebecca se sumergió con un suspiro de placer. En Filadelfia estaría en aquel momento tecleando en la calculadora. Sus números siempre cuadraban, sus informes siempre estaban bien archivados.

La eficiente señorita Malone en la que todo el mundo confiaba.

Y sin embargo estaba nadando en la bahía de aguas cristalinas, dejando que el mar la refrescara y el sol la calentara. Los libros de cuentas y los informes estaban a años luz de distancia. Al alcance de la mano había un hombre que le estaba enseñando todo lo que había querido saber sobre la fragilidad del corazón y sus anhelos.

Rebecca pensaba que él no podía saberlo. Dudaba que alguna vez reuniera el coraje necesario para decirle que él era el único hombre que le había hecho temblar y abrasarse. Un hombre como él por fuerza tendría que sentirse incómodo sabiendo que entre sus brazos se hallaba una mujer sin experiencia.

Pero no lo sabía, porque cuando estaba entre sus brazos no se sentía torpe. Se sentía hermosa y deseada.

Riendo, Rebecca se zambulló para dejarse llevar por el mar y por la sensación de libertad. ¿Quién lo hubiera creído?, Se preguntaba.

— ¿Siempre te ríes por tan poco?

Rebecca se echó hacia atrás los cabellos mojados. Stephen nadaba a su lado sin apenas perturbar la superficie. Tenía la piel de un dorado intenso que brillaba en el agua. El sol competía con su pelo y el agua era del mismo color que sus ojos. Ella tuvo que reprimir el impulso de acercarse y acariciarle.

— Una cala escondida, un cielo hermoso y un hombre interesante —

dijo flotando sin esfuerzo—. A mí no me parece tan poco. Me he prometido a mí misma que, independientemente de dónde esté o de lo que haga, no volveré a dar nada por seguro.

Stephen no pudo dejar de advertir el tono de tristeza con que había dicho la última frase. El impulso de reconfortarla no era nuevo en él, pero tampoco tenía demasiada práctica.

—¿Te ha desengañado algún hombre?

Ella tuvo que sonreír, pero Stephen no podía saber que se reía de ella misma. Había salido con hombres, naturalmente. Por lo general se había tratado de tardes educadas y aburridas sin mucho interés por ambas partes. Rebecca había sido demasiado torpe o al menos nunca había tenido el coraje suficiente como para desplegar las alas. Más de una vez había cumplido demasiado bien con su papel de «la eficiente señorita Malone» como para salir del paso.

Con él todo era distinto. Porque le quería. No sabía cómo o por qué, pero lo amaba.

—No. No se trata de un hombre —dijo cerrando los ojos y confiando su cuerpo al mar—. Cuando mis padres murieron sufrí tanto que me asusté de la vida. Creo que convertirse en un adulto responsable era algo realmente importante, pero ni siquiera tenía edad para ser adolescente.

Era extraño que nunca había llegado a pensar de esa manera hasta que decidió dejar de obsesionarse con aquella responsabilidad. Y aún más extraño que le fuera tan fácil contarle que nunca se había conocido a sí misma.

—Mi tía Jeannie era considerada y cariñosa, pero había olvidado lo que era ser adolescente. Y de pronto me di cuenta de que me había perdido la juventud, el ser perezosa, alocada y todas aquellas cosas que todo el mundo merece ser al menos una vez en la vida. Decidí ponerle remedio.

Sus cabellos estaban extendidos en el agua. Era demasiado angulosa para ser una auténtica belleza. Pero era fascinante. Su cuerpo y su filosofía eran muy atractivos. Pero lo que más emocionaba a Stephen era su manera de aceptar con los brazos abiertos todo lo que se encontraba en su camino.

Se descubrió contemplando la cala como no se había molestado en contemplar nada durante años. Bebía con la mirada los reflejos del sol en

la superficie del agua y en las ondas concéntricas que partían de sus cuerpos para alejarse. Más allá había una estrecha franja de arena en forma de media luna. Estaba desierta excepto por unos pocos pájaros que revoloteaban sobre ella. Había tanta tranquilidad que no parecía natural. Sólo se oía el ritmo monótono de las pequeñas olas al acariciar la arena. Stephen estaba totalmente relajado. Quizá también él había olvidado lo que era ser joven y atolondrado.

Obedeciendo a un súbito impulso, puso las manos sobre los hombros de Rebecca y la sumergió en el agua.

Ella no tardó en emerger escupiendo agua y apartándose el pelo de la cara. Stephen sonrió y siguió nadando.

—Ha sido muy fácil.

Ella evaluó la distancia que les separaba. En sus ojos brillaba un reto, y chispeaba la diversión.

—La próxima vez no lo será tanto.

Él sonrió con malicia. De pronto, rápido como una anguila nadó hacia ella. Rebecca sólo tuvo tiempo de gritar y tomar aliento. Stephen la atrapó del tobillo pero esa vez estaba preparada. Sin oponer resistencia dejó que él la hundiera y entonces en vez de intentar ganar la superficie, se trabaron en una lucha submarina. Todavía estaban trabados cuando salieron a la superficie.

—¡Empate! —gritó ella buscando aire.

—¡De eso nada!

—Si estuviéramos sobre una lona te hubiera dejado fuera de combate. ¿Quieres que sigamos?

—Quizá —dijo sintiendo que sus piernas se trababan—. Pero por ahora prefiero esto.

Stephen la quería besar otra vez. Lo veía en sus ojos, lo sentía en la tensión del brazo que les mantenía unidos. El problema no era que no estuviera preparada, el problema era que lo estaba demasiado.

—¿Stephen?

—¿Hum?

Stephen podía sentir su aliento en los labios. Pero al momento desapareció de entre sus brazos. Estaba a punto de enfadarse con ella cuando emergió a unos cuantos metros de distancia. Su risa le llegó joven y desinhibida sin pedir disculpas.

—Ha sido muy fácil.

Pero tuvo que ponerse a nadar cuando él salió en su persecución. Quizá lo hubiera conseguido dada la ventaja que le sacaba, pero parecía que Stephen había nacido en el agua. Con todo, ella era ágil y casi consiguió eludirle, pero la risa la traicionó. Tragó agua y tosió. Él la agarró y de nuevo se enzarzaron bajo el mar.

—Me gusta ganar —comentó ella mientras respiraba—. Es un defecto personal. A veces hago trampa cuando juego a la canasta.

—¿Canasta?

Lo último que podía imaginarse era que la mujer esbelta y *sexy* que tenía entre los brazos pasara las tardes jugando a las cartas.

—No puedo evitarlo —dijo ella jadeando con la cabeza apoyada sobre su hombro—. Me falta fuerza de voluntad.

—Yo tenía el mismo problema.

Y sin más palabras la arrojó volando por los aires.

—Supongo que me lo tenía merecido —dijo ella haciendo pie—. Pero ahora necesito sentarme.

Avanzó por el agua hasta la cuesta suave de la playa donde se dejó caer con la mitad del cuerpo en la arena.

Cuando él se dejó caer a su lado, ella le cogió de la mano.

—No me acuerdo de haber pasado nunca un día tan estupendo —comentó Rebecca.

Stephen se quedó contemplando sus manos entrelazadas. Había sido un gesto tan natural que se preguntaba cómo podía reconfortarle e incitarle al mismo tiempo.

—Ya se está acabando.

—¡Lástima! Parecía que iba a durar siempre.

Rebecca quería quedarse allí. Toda la vida riendo bajo el cielo azul, la frescura del mar y las horas interminables. Había conocido un tiempo en el que los días se convertían en noches sin que ocurriera nada.

—¿No has querido escaparte nunca? —preguntó ella.

Stephen observó unas nubes que pasaban. Mientras estaba tumbado cogiéndole la mano, se preguntó cuánto tiempo hacía que no contemplaba el cielo.

—¿Adónde?

—A cualquier parte. Lejos de lo que es el mundo y de lo que siempre

será.

Si cerraba los ojos, Rebecca se podía ver a sí misma bebiendo una taza de café a las siete y cuarto y abriendo el primer informe a las nueve en punto exactamente.

—Desvanecerse en el aire y aparecer en otro lugar como si fueras una persona diferente por completo.

—No puedes cambiarte a ti misma.

—¡Claro que sí! —dijo cambiando el tono de voz—. A veces tienes que hacerlo.

Ella se incorporó para apoyarse sobre un codo y él le acarició los cabellos.

—¿De qué huyes?

—De todo. Soy una cobarde.

Él la miró a los ojos. Estaban llenos de entusiasmo.

—No lo creo.

—Pero tú no me conoces —objetó mientras un relámpago de arrepentimiento e incertidumbre cruzaba su rostro—. Y no estoy segura de querer que me conozcas.

—¿Ah, sí? —exclamó cerrando los dedos sobre su pelo para obligarla a quedarse quieta—. Hay gente y circunstancias que no lleva mucho tiempo entender. Algo se pone en su lugar cada vez que te miro, Rebecca. No sé qué es, ni tampoco por qué, pero es así. Yo te conozco —dijo mientras se inclinaba sobre ella para darle el más leve de los besos—. Y me gusta mucho lo que veo.

—¿Sí? ¿De verdad? —preguntó ella con una sonrisa.

—¿Tú crees que paso el día con una mujer sólo porque quiero dormir con ella?

Rebecca se encogió de hombros y aunque su sonrojo fue muy débil, él se dio cuenta y sonrió divertido. Se preguntó cuántas mujeres podían abandonarse a los besos de un hombre y luego sonrojarse.

—Rebecca, estar contigo es un placer difícil.

Ella se rió y comenzó a dibujar con el dedo sobre la arena. Se preguntaba lo que diría él si supiera quién era Rebecca Malone. O con más exactitud lo que no era. Se dijo a sí misma que no importaba. No podía permitir que lo que había entre ellos se echara a perder.

—Creo que es el cumplido más maravilloso que me han hecho en la

vida.

— ¿Dónde estabas entonces para que nunca te lo hubieran dicho?

Cuando ella se removió inquieta, él la obligó a permanecer tranquila.

— No. No voy a tocarte. Todavía no.

— El problema no es ése. El problema es que deseo que me toques, tanto que me asusta.

Rebecca se sentó, tomándose su tiempo para reunir todo su valor. Quería ser sincera y tenía la esperanza de no parecer una estúpida.

— Stephen, yo no voy por ahí acostándome con todo el mundo. Quisiera que lo entendieras porque todo esto está ocurriendo con demasiada rapidez y no es nada casual.

Con un dedo le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo. Rebecca vio sus ojos azules e insondables como el mismo mar.

— No lo es.

En aquel instante, Stephen tomó una decisión, aunque la idea le había estado rondando por la cabeza durante todo el día.

— Mañana tengo que salir para Atenas. Ven conmigo, Rebecca.

— ¿A Atenas? — dijo ella con dificultad.

— Es un viaje de negocios. Un día o dos a lo sumo y me gustaría que estuvieses conmigo.

A Stephen no le importaba admitir que tenía miedo de que cuando volviera ella se hubiera ido.

Rebecca no sabía qué decir ni qué era lo correcto.

— Me dijiste que querías visitar la ciudad.

Si era necesario la presionaría. Una vez tomada la decisión, no tenía la más mínima intención de ir a ninguna parte sin ella.

— Sí, pero no quisiera distraerte de tu trabajo.

— Estés aquí o allí, siempre me distraerás.

Rebecca alzó de golpe la cabeza mirándole con timidez y asombro. Stephen reprimió el impulso de abrazarla y rodar hasta sentirla debajo de su cuerpo. Había prometido concederle tiempo. Quizá lo que había querido decir era que él también lo necesitaba.

— No quiero forzarte, Rebecca. Tendrás tu propia *suite*. Sólo te pido compañía.

— Un día o dos — murmuró ella.

— Sólo tienes que decir que te reserven tu habitación hasta que

vuelvas.

«Hasta que vuelvas». Ella, no él. Si Stephen se iba al día siguiente, era muy posible que no lo volviera a ver nunca. Él le ofrecía un día más, quizá dos. Recordó que no debía dar nada por seguro.

Era verdad que pensaba visitar Atenas antes de abandonar Grecia. Unos pocos días antes, había pensado que le gustaría ir sola. La aventura de conocer lugares y gente nueva por sí misma. Pero ver la Acrópolis por primera vez con Stephen a su lado lo cambiaba todo.

—Sí, me gustaría ir contigo.

Se levantó de un salto y se zambulló en el mar.

Seis

Atenas no era Oriente ni Occidente. Era carne espetada asándose con especias. Era altos edificios y tiendas modernas. Era estrechas calles sin asfaltar y bulliciosos bazares. Había sido el escenario de batallas y revoluciones. Era antigua, civilizada y apasionada.

Rebecca se enamoró a primera vista.

París la había seducido, Londres le había encantado, pero Atenas le robó el corazón. Quería verlo todo de inmediato, desde el amanecer hasta la noche.

Estuvo paseando durante toda la mañana mientras Stephen estaba ocupado en sus reuniones de negocios. El hotel que él había escogido era bonito, pero Rebecca se sentía atraída por las calles y sus gentes. De alguna manera no se sentía como una turista más, era como volver a casa después de un largo viaje. Atenas la esperaba para darle la bienvenida.

Era increíble. Toda la vida había aceptado los parámetros que otros habían establecido para ella. Sin embargo, en aquellos momentos disfrutaba de total libertad mientras paseaba por la ciudad vieja donde podía comprar baratas copias de escayola de los principales monumentos o elegantes antigüedades.

Pasó por delante de las tabernas, pero estaba demasiado emocionada como para dejarse tentar por el delicioso aroma del café y los pasteles. Escuchó las notas de una flauta y cuando levantó la vista vio la Acrópolis.

Aunque era bastante temprano, grupos de turistas se dirigían ya hacia el único camino de subida. Rebecca se sentía sola, pero también cómoda en medio de toda aquella gente.

No era capaz de explicar la sensación de estar al sol de la mañana

contemplando un monumento erigido en honor a los dioses, algo que había soportado la guerra, las tormentas y el tiempo. Había sido un lugar de culto. Incluso después de los siglos, Rebecca podía sentir su espiritualidad. Quizá la diosa Atenea con su casco brillante y su lanza todavía la visitaba.

Se había sentido desengañada al saber que Stephen no podía hacerle compañía en su primera mañana en la ciudad. Pero en aquel momento se alegraba de estar a solas con sus pensamientos y ensoñaciones, sin tener que explicárselos a nadie.

Paseó entre los templos meditando sobre los cambios que ella había experimentado. No era sólo el respeto que sentía allí, ni la emoción que le habían producido Londres o París lo que la había cambiado. Era Stephen y todo lo que sentía por él desde que lo había conocido.

Quizá volviera a Filadelfia algún día, pero jamás volvería a ser la misma persona. Una vez enamorada hasta la última fibra de su ser, ya nada sería lo mismo.

Deseaba que fuera más sencillo, como imaginaba que lo era para muchas otras mujeres. Un hombre interesante y una atracción física. Pero con Stephen, igual que con Atenas, había perdido el corazón. Aunque pareciera imposible, reconocía que la ciudad y Stephen eran parte de su ser. Y el deseo mezclado en el amor nunca podía ser algo sencillo.

Pero ¿cómo podía estar segura de haberse enamorado si nunca había ocurrido antes? Si estuviera en su casa, por lo menos tendría alguna amiga con quien hablar. Soltó una risita. No podía recordar cuántas veces había sido ella la que escuchaba en aquellos casos. Le emoción, el sufrimiento, las angustias. A veces había sentido envidia y otras veces se había alegrado de no complicarse la vida. Pero siempre había ofrecido sus consejos y su apoyo.

Y aunque pareciera extraño, no era capaz de hacer lo mismo por ella misma.

Sólo podía pensar en cómo se desbocaba su corazón cuando Stephen la acariciaba. En cómo la recorrían el pánico y la emoción cada vez que él la miraba. Cuando estaba con él, todos sus sentimientos y fantasías parecían razonables. Cuando estaba con él, podía creer en el destino y en que estaban hechos el uno para el otro.

La atracción y la pasión no bastaban. Sin embargo, no había otra

explicación para aquel sentimiento de estar haciendo lo adecuado que experimentaba a su lado. Ella no era la mujer de mundo que aparentaba ser. Seguía siendo Rebecca Malone a pesar de todas las cadenas que había roto. ¿Qué pensaría él cuando le contara lo convencional y tediosa que había sido su vida?

¿Cómo y cuándo iba a reunir el coraje necesario para decírselo?

Se prometió a sí misma que en unos pocos días más estaría preparada. Esperar era egoísta y quizá hasta peligroso, pero necesitaba unos pocos días más.

Volvió al hotel a media tarde. Sin importarle lo que pensarán de ella, fue directamente a la habitación de Stephen. No podía esperar más para verle y contarle todo lo que había visto, para enseñarle todo lo que había comprado. Su sonrisa se apagó un poco cuando la secretaria de Stephen abrió la puerta.

— ¿Señorita Malone? Por favor, pase y tome asiento.

— No quisiera interrumpir — dijo Rebecca sintiéndose ridícula.

— De ningún modo. ¿Acaba de llegar?

— Sí, yo...

Rebecca se dio cuenta de que su piel estaba húmeda y que tenía el pelo desordenado. Al contrario que Elana, que iba impecable.

— En realidad, debería irme.

— Por favor — dijo Elana ofreciéndole una silla —. Deje que le prepare un refresco.

Elana comenzó a preparar la bebida mientras se sonreía. Había esperado que la misteriosa dama de Stephen fuera despampanante, tranquila y muy dueña de sí. Le complacía mucho descubrir que Rebecca se sentía un poco insegura y que estaba claramente enamorada.

— ¿Ha disfrutado de su primera mañana en Atenas?

— Mucho — dijo ella aceptando un zumo helado.

Estaba intentando relajarse cuando se dio cuenta de que sentía celos. Sonrojándose, pensó de repente que nunca había experimentado ese sentimiento. Pero viendo a Elana contestar el teléfono, se preguntó quién no tendría celos de ella.

La griega era espléndida, eficiente y con un gran dominio de sí misma. Y por encima de todo, mantenía una relación con Stephen de la que Rebecca no sabía nada. Se preguntaba desde cuándo se conocerían y

hasta qué extremo.

—Stephen está terminando un negocio —dijo Elana colgando el teléfono y sirviéndose algo de beber—. ¿Qué opina de Atenas?

—Es encantadora —dijo Rebecca deseando haber tenido tiempo de retocarse el peinado y el maquillaje—. No estaba muy segura de lo que esperaba encontrarme, pero esto lo supera con creces.

—Para los europeos es Oriente y para los orientales Occidente — Elana se acomodó en su asiento notando con sorpresa que había algo en Rebecca Malone que le gustaba mucho—. Atenas es Grecia, pero antes que nada es Atenas misma. A Stephen le ocurre algo parecido.

—¿Hace mucho que trabaja para él?

—Cinco años.

—Debe de conocerle muy bien.

—Mejor que la mayoría. Es exigente y generoso como jefe y un hombre muy interesante. Por suerte, me gusta mi trabajo y me encanta viajar.

Rebecca se sacudió una mancha de polvo que había en sus pantalones.

—Nunca me había imaginado que la agricultura implicara tantos viajes. No sabía lo que significaba la producción olivarera.

Elana alzó las cejas sorprendida.

—Stephen siempre hace las cosas a fondo —comentó.

Elana sonrió satisfecha. Hasta entonces no había estado segura de si la americana se sentía atraída por Stephen o por su posición.

—¿Le ha dicho Stephen algo sobre la cena de esta noche? —preguntó Elana.

—Me ha dicho que iba a haber una pequeña fiesta en el hotel. Una cena de negocios.

—Los hombres se toman esas cosas más a la ligera que las mujeres — dijo Elana dirigiéndole una sonrisa sinceramente amistosa—. Puede que sea una fiesta pequeña, pero también extravagante.

Vio que Rebecca se llevaba automáticamente la mano a la cabeza.

—Si necesita algo, un vestido, ir al salón de belleza, el hotel tiene todos esos servicios.

Rebecca pensó en el conjunto informal que había metido en la maleta antes de su impulsivo viaje a Atenas.

—Necesito de todo.

Elena se levantó con una sonrisa de comprensión.

—Haré algunas llamadas por usted.

—Gracias, pero no quisiera distraerla de su trabajo.

—Parte de mi trabajo es procurar que usted se sienta cómoda.

Las dos se volvieron al mismo tiempo cuando la puerta se abrió.

—Stephen, ¿ves como no se había escapado? —dijo Elena cogiendo su vaso mientras se retiraba para dejarlos a solas.

—Has estado fuera mucho tiempo.

No le gustaba admitir que había empezado a mirar el reloj y a preocuparse, imaginando que algo podría haberla sucedido. Había empezado a preguntarse si ella iba a desaparecer de su vida con la misma rapidez con que se había presentado en ella.

—Creo que me quedé embelesada mientras exploraba la ciudad.

Rebecca iba a levantarse cuando Stephen tiró de ella hacia sí buscando su boca.

La desesperación de Stephen la sacudió violentamente. Su avidez la sentía como propia. Sin dudarle un instante se abrazó a él aceptando su beso, mientras murmuraba algo incoherente que luchaba por salir de su garganta.

Stephen pensó que no era normal quererla de aquella manera. No había podido dejar de pensar en ella en toda la mañana. Quería abrazarla, besarla, estar con ella. Había comenzado a temer lo que su vida sería sin ella.

Pero eso no iba a suceder. Rozó sus labios con los dientes y ella le ofreció su boca. No iba a permitir que eso sucediera. Le pertenecía y no importaba de dónde procedía ni hacia dónde se dirigía. Y empezaba a enfrentarse al hecho de que él también le pertenecía a Rebecca.

Pero Stephen necesitaba un poco de cordura, un poco de lógica. Luchando consigo mismo, se apartó de ella. Rebecca tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Un suspiro apasionado salió de ellos cuando abrió los párpados. Respiró hondo y luego exhaló el aire lentamente.

—Creo que debería ir a pasear más a menudo —pronunció ella.

Poco a poco Rebecca se dio cuenta de la fuerza con que la sujetaba, como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer. Él lo notó y aflojó la

presión.

—Hubiera preferido acompañarte.

—Estabas ocupado. Te hubieras aburrido mirando todas las tiendas y contemplando todas las columnas.

—No —dijo él. Si había algo de lo que estaba seguro era de que Rebecca nunca le aburriría—. Pero me hubiera gustado ver de cerca tu primera impresión sobre Atenas.

—Ha sido como volver a un lugar familiar. Nunca tengo bastante, no me canso de pasear. No se parece a ningún otro lugar que haya conocido antes. En la Acrópolis ni siquiera tomé fotos porque sabía que no podrían captar el espíritu de aquel lugar. Luego anduve por las calles y vi a los ancianos con esos Kom... kon-bou —dijo intentando pronunciar la palabra en griego.

—Kombouloi —le ayudó Stephen—. Rosarios.

—Sí. Me imaginé como pueden pasarse la vida sentados a la sombra de los portales con los rosarios en la mano y viendo pasar los años. Vi las tiendas llenas de oropes y esas horribles copias en escayola.

Él sonrió mientras se sentaban.

—¿Cuántas de esas horribles copias has comprado?

—Nada más que tres o cuatro —dijo mientras revolvía en las bolsas que llevaba—. Te he traído un regalo.

—Una estatua de escayola de Atenas.

—Casi, casi. Descubrí una pequeña tienda de antigüedades en el barrio viejo. Era oscura, polvorienta e irresistible. El dueño sabía unas cuantas frases en inglés y yo tenía mi libro de griego. Después de hacernos un lío tremendo, conseguí comprar esto.

Sacó una pipa de porcelana decorada con cabras salvajes. Tenía un cuerpo largo de madera suave y en la punta una boquilla de latón.

—Me recordó a las cabras que vimos en Corfú. Pensé que podría gustarte, aunque nunca te he visto fumar en pipa.

Él se rió y la miró mientras sopesaba el regalo.

—No. O por lo menos no de esta clase.

—Es más decorativa que funcional. El dueño de la tienda no pudo contarme mucho sobre ella porque no nos entendíamos. Yo nunca había visto algo parecido.

—Me alegra oírlo.

Cuando ella le miró con expresión perpleja, él se inclinó para darle un beso en los labios.

— Amor mío, es una pipa de *hashish*.

— ¿Cómo? — dijo mirándola primero con sorpresa y después con fascinación—. ¿De verdad? Quiero decir, que si la gente la usaba realmente.

— Sin lugar a dudas. Y bastante, ya que por lo menos tiene más de ciento cincuenta años.

— Ya me imagino — comentó ella mientras imaginaba oscuras covachas llenas de humo—. Supongo que no es un recuerdo muy acertado.

— Por el contrario. Siempre que la vea, me acordaré de ti.

Rebecca le miró a los ojos sin acabar de convencerse, pero había una chispa de diversión en ellos que la hizo sonreír.

— Debería haberte traído la estatua de escayola.

Él la cogió de las manos y se levantaron.

— Me halaga que me hayas traído un regalo. Quiero estar contigo, Rebecca. Horas, días. Hay muchas cosas que necesito saber de ti.

Cuando ella bajó su mirada, Stephen, poniéndole un dedo bajo la barbilla, la hizo levantar la cabeza.

— ¿Qué son todos esos secretos?

— Nada que pueda interesarte.

— Te equivocas. Mañana quiero averiguar lo que necesito saber.

Stephen vio un destello de inseguridad en sus ojos. Pensó que debía tratarse de otro hombre y no pudo reprimir un incómodo acceso de celos. Al infierno con ellos.

— No quiero más evasivas. Te quiero, lo quiero todo de ti. ¿Me entiendes?

— Sí, pero...

— Mañana. Ahora debo atender unos negocios que no admiten demora. Pasaré a recogerte a las siete.

— Muy bien.

Rebecca pensó que hasta el día siguiente tenía tiempo para decidir lo que le iba a decir. Pero por medio estaba la noche de la fiesta y ella se convertiría entonces en todo lo que había deseado ser siempre, en todo lo que Stephen quería que fuera.

—Será mejor que me vaya —dijo antes de que pudiera tocarla otra vez. Recogió sus bolsas y se dirigió hacia la puerta. Allí se dio la vuelta para mirarle. Estaba en el centro de la habitación, seguro de quién era y qué era, cómodo en medio del bienestar que le rodeaba.

—Stephen. Quizá te desengañes cuando lo averigües.
Salió rápidamente. Stephen la miró irse con el ceño fruncido.

Siete

Estaba muy nerviosa. Cada vez que Rebecca se miraba en el espejo, se preguntaba quién era aquella mujer que le devolvía la mirada. No era una desconocida, pero sí una Rebecca Malone muy diferente.

Tal vez se tratase del nuevo peinado. Sus cabellos ensortijados le enmarcaban el rostro. O quizá se tratara del vestido, un derroche de aguamarina que dejaba sus hombros al descubierto. No, había algo más, algo más que la habilidad de peluqueros, maquilladores y ropas elegantes. Eran sus ojos. La mujer que la miraba desde el espejo era una mujer enamorada.

Rebecca se preguntaba qué iba a hacer, qué podía hacer. Todavía era lo suficientemente práctica como para admitir que algunas cosas no cambiaban nunca. Pero la pregunta era si era lo bastante orgullosa o lo bastante fuerte como para elegir lo que deseaba y aceptar las consecuencias.

Cuando escuchó que llamaban a la puerta, recogió el pequeño e inútil bolso de noche y suspiró profundamente. Todo había sucedido muy rápido. Al volver de la *suite* de Stephen, le había llegado un mensaje de Elana. Era una lista detallada de masajes, maquillajes, salón de belleza y el nombre del director de la *boutique* más lujosa del hotel. No había tenido tiempo de pensar en la noche con Stephen. Y mucho menos en el día siguiente.

Decidió que quizá había sido mejor así y abrió la puerta. Parecía una sirena con el pelo acaracolado y el vestido del color del mar. Stephen recordó haber pensado que ella no era exactamente bella, pero en aquel momento estaba completamente seguro de que no había visto, ni volvería a ver, una mujer tan excitante.

—Estás asombrosa, Rebecca —le cogió la mano atrayéndola hacia sí.

—¿Por qué? ¿Porque estoy arreglada a tiempo?

—Porque nunca eres lo que espero que seas, pero siempre eres lo que deseo.

Le besó la mano. Rebecca se quedó callada mientras él cerraba la puerta y la llevaba del brazo hasta el ascensor. Ella pensó que parecía un hombre diferente del que había conocido, cuando vestía con una elegancia casual. Aquella noche había una formalidad, una sofisticación que ella sentía bajo la aparente facilidad con que llevaba su *smoking*.

—Estás tan hermosa que me parece una vergüenza malgastar la noche en una cena de negocios.

—Esperaba que me presentaras a algunos de tus amigos.

—Asociados —la corrigió con una sonrisa extraña—. Cuando has sido pobre y no tienes intención de volver a serlo, es muy raro hacer amigos en el mundo de los negocios.

Rebecca frunció el ceño. Ésa era una parte de él que ella desconocía. Al mirarle, se dio cuenta que era implacable, pero lo aceptó. Un hombre como él tendría que ser implacable con lo que le pertenecía.

—¿Y has hecho enemigos?

—En los negocios se aplica la misma regla a los amigos y a los enemigos. Mi padre me enseñó algo más que a pescar. También me enseñó que para tener éxito es necesario saber hasta dónde puedes confiar en ti mismo y en los demás.

—Yo no he sido pobre, pero me imagino que debe de ser terrible.

—No, te da fuerzas —dijo cogiéndole de la mano cuando se abrió la puerta del ascensor—. Pertenecemos a ambientes diferentes, pero afortunadamente hemos llegado a coincidir en el mismo lugar.

Había hablado de confianza. Rebecca descubrió que quería contárselo todo, decirle que no sabía nada de las fiestas elegantes y de las vidas exóticas. Ella era un fraude y cuando él lo averiguara, se reiría de ella y la apartaría a un lado. Pero Rebecca quería que él lo supiera.

—Stephen, quiero que sepas...

—Stephen, otra vez nos has dejado en ridículo al elegir a tu acompañante.

—¡Dimitri!

Rebecca se detuvo al borde de su confesión. El hombre que había

hablado era atractivo. Sus cabellos plateados contrastaban con su tez bronceada, surcada por medio siglo de sol. Llevaba un bigote que caía majestuoso sobre sus dientes blancos.

—Has sido muy amable al invitarnos esta noche, pero aún lo serías más si nos presentaras a tu encantadora acompañante.

—Rebecca Malone, Dimitri Petrópolis.

Un diamante resplandecía en la mano que cogió la de Rebecca.

—Es un placer. Atenas es una colmena de rumores sobre la mujer que ha venido con Stephen.

Ella estaba segura de que se trataba de una broma.

—Entonces Atenas debe de necesitar noticias con desesperación — replicó Rebecca sonriendo.

Dimitri se quedó un momento sorprendido y luego sonrió.

—No me cabe duda de que usted se las proporcionará en abundancia.

Stephen cogió del brazo a Rebecca. La mirada que le lanzó a Dimitri fue rápida y contundente. Habían competido por la posesión de la tierra, pero no había competición posible sobre ella.

—Si nos excusas, Dimitri, me gustaría invitar a Rebecca a champán.

—Por supuesto.

Con gesto divertido, Dimitri se atusó el bigote mientras los contemplaba alejarse.

Rebecca no sabía que una pequeña cena de negocios significaba por lo menos cien invitados. Esperaba no estropear la fiesta mostrándose tímida y torpe y haciendo el ridículo. En el pasado, siempre que se había visto envuelta por una multitud, había buscado el rincón más idóneo para pasar desapercibida. Pero aquella noche se prometió a sí misma que no ocurriría nada parecido.

«Quizá fuera la nueva Rebecca Malone», pensó.

Escuchaba discutir de negocios constantemente y por todos los lugares del salón. La mayoría de las discusiones versaban sobre hoteles y urbanizaciones. Le pareció extraño que la mayoría de los invitados hablaran de negocios inmobiliarios en vez de olivares.

—Pareces muy complacida de ti misma —le susurró Stephen en el oído.

—Sí. Hay mucha gente interesante.

Lo que él no podía saber era que ella se sentía complacida por

encontrarse cómoda en una fiesta de desconocidos.

—¡Interesante! —dijo pasando un dedo por sus rizos—. Pensé que ibas a encontrarla aburrida.

—De ningún modo.

—¿Tanto te gustan las fiestas?

—A veces. Me gusta ésta porque tengo la oportunidad de conocer a tus socios.

Stephen recorrió el salón con la mirada, evaluando los gestos y los murmullos apagados.

—Van a estar semanas enteras hablando de ti. —Ella contestó riendo. Dio una vuelta en redondo lentamente. En torno suyo estaban los ricos y los poderosos. Las joyas refulgían y el oro brillaba. Le agradó comprobar que ella podía hablar de algo más que de deducciones fiscales y evasiones de impuestos.

—No puedo creer que tengan tan poca cosa en la cabeza.

Contempló el salón de baile con sus paredes color crema y sus suelos resplandecientes, los artísticos candelabros en las paredes y los grandes árboles ornamentales en macetones de cobre. Las mesas estaban arregladas para dar una sensación de intimidad, cubiertas con mantelerías de color marfil y largas velas.

—Es un hotel muy bonito —comentó—. Todo va como una seda. No sé si quedarme con él o con Corfú.

—Gracias.

Cuando Rebecca le hizo ver que no comprendía, él se lo explicó.

—Los dos son míos.

—¿Qué?

—Que son mis hoteles —dijo él guiándola hacia la mesa.

Durante los primeros quince minutos de la cena, Rebecca hablaba sin tener ni idea de lo que decía. Había ocho comensales en la mesa de Stephen, incluyendo a Dimitri que había cambiado las tarjetas para poder sentarse a su lado. Después de jugar con el entrante de marisco y conversar sobre frivolidades, se preguntó si podía hacer todavía más el ridículo.

Él no era simplemente un hombre rico. Rebecca todavía sabía bastante de contabilidad para saber que si un hombre poseía lo que Stephen, es que era bastante más que rico.

¿Qué pensaría de ella cuando descubriese su origen? ¿Confianza? ¿Cómo podía esperar que confiara en ella? Tragó sin saborear y se las arregló para sonreír. ¿Pensaría que era una cazafortunas y que se había propuesto atraparle?

No, aquello era ridículo.

Se obligó a levantar la vista para descubrir que Stephen la miraba fijamente.

Deseaba que él fuera un hombre corriente. ¿Por qué había tenido que enamorarse de alguien tan fuera de su alcance?

—¿Nos has abandonado?

Rebecca se echó hacia atrás sorprendida y vio que Dimitri le estaba sonriendo. Se sonrojó al descubrir que habían servido otro plato mientras ella estaba en las nubes.

—Lo siento —dijo y con un esfuerzo empezó a jugar con la ensalada.

—Una mujer hermosa no necesita disculparse por haberse sumido en sus propios pensamientos —dijo Dimitri palmeándole la mano.

Dimitri vio que Stephen le miraba sombríamente y sonrió. Si no le gustara tanto aquel muchacho, no le divertiría tanto enfurecerle.

—Stephen, cuéntenos cómo os conocisteis.

—Nos conocimos en Corfú.

—¡Ah! Noches dulces y días soleados. ¿Está usted de vacaciones? —le preguntó a Rebecca.

—Sí —dijo ella esforzándose en sonreír—. Stephen ha sido muy amable al enseñarme la isla.

—Él conoce bien Corfú y otras muchas islas de nuestro país. Tiene el espíritu de un gitano.

Ella ya se había dado cuenta. Era parte de su atractivo. Pero... ¿no había algo de gitana en ella misma?

—¿Le conoce desde hace mucho? —le preguntó Rebecca a Dimitri.

—Mantenemos unas relaciones de negocios prolongadas. Podríamos decir que somos rivales amistosos. Cuando Stephen era poco más que un adolescente, acumuló una impresionante extensión de propiedades. Como puede ver, lo supo aprovechar. Creo que posee dos hoteles en su país.

¿Dos más? Rebecca bebió un largo trago de vino.

—Yo me preguntaba si no serían viejos amigos que se conocían de

América — comentó Dimitri.

—No. Sólo hace unos pocos días que nos conocemos.

El camarero retiró la ensalada y sirvió *moussaka*.

—Como siempre, Stephen actúa rápido y con estilo. ¿De qué parte de América es usted? —dijo Dimitri volviéndole a coger la mano más que divertido ante la expresión cada vez más adusta de Stephen.

—De Filadelfia —dijo ella mientras se proponía relajarse—. Está al noroeste.

A Stephen le irritaba ver cómo Rebecca coqueteaba con otro hombre. Observaba que ella casi no probaba la comida y sin embargo regalaba todo el tiempo a Dimitri con tímidas sonrisas. Ni una sola vez se había apartado cuando Dimitri se inclinaba hacia ella. Desde su lugar podía captar su aroma enloquecedor. Podía oír su risa tranquila mientras Dimitri le murmuraba algo al oído.

Luego se levantaron cogidos de la mano y se pusieron a bailar una melodía romántica.

Stephen luchaba contra sus celos mientras el vestido de Rebecca ondulaba y giraba bajo las luces. Tenía la cara cerca de la de Dimitri. Él sabía lo que era tenerla tan cerca, respirar el aroma de su piel. Stephen sabía lo que era sentir el cuerpo de ella contra el suyo, la pasión que desencadenaba.

Muchas veces había firmado para poseer una tierra, pero nunca una mujer. No creía en ello. Pero sólo un idiota se quedaría con los brazos cruzados y dejaría que otro hombre disfrutara de lo que era suyo. Maldijo por lo bajo y se levantó. Fue hasta la pista de baile y dejó caer una mano sobre el hombro de Dimitri.

—¡Ah, bien! —dijo el otro apartándose con un suspiro—. Nos veremos luego.

Antes de que Rebecca pudiera responder, la cogió entre sus brazos. Ella suspiró relajada mientras seguía al ritmo de la melodía. Se decía a sí misma que quizá todo fuera un sueño, cerrando los ojos y dejándose llevar por la música. Pero se propuso disfrutar de cada minuto antes de que llegara el momento de despertar.

Stephen pensó que ella parecía fundirse contra su cuerpo. Le acariciaba el pelo suavemente mientras apoyaba su mejilla contra la de él. Se dio cuenta de que Rebecca no había bailado de la misma manera con

Dimitri y se maldijo a sí mismo. Estaba haciendo el tonto, pero no podía evitarlo. Y si siempre había tenido que luchar por todo lo que tenía, ¿por qué con aquella mujer iba a ser diferente?

Deseaba sacarla a rastras de aquel lugar y buscar un rincón oscuro y tranquilo para poder amarla.

— ¿Te diviertes?

— Sí, mucho.

Rebecca no quería pensar en lo que era él. La noche pasaría pronto y luego habría que encarar el día de mañana. Pero mientras sonaba la música y ella la escuchaba entre sus brazos, sólo quería pensar en lo mucho que significaba para ella.

El tono ensoñador de la voz de Rebecca estuvo a punto de hacer que él se derritiera.

— Parece que Dimitri ha sabido entretenerte.

— ¡Hum! Es un hombre simpático.

— No has protestado por cambiar de sus brazos a los míos.

Algo en el tono de sus palabras arruinó de repente el placer que invadía a Rebecca. Cuidadosamente, levantó la cabeza para poder mirarlo.

— Creo que no sé a lo que te refieres.

— A mí me parece que sí.

Ella sintió ganas de reír, pero no había humor en los ojos de Stephen. A Rebecca se le encogió el estómago, como siempre que la ocurría cuando tenía que enfrentarse a un conflicto.

— Si lo sé, entonces tendré que pensar que te estás comportando de manera ridícula. Quizá sea mejor que volvamos a la mesa.

— Así podrás estar con él —mientras pronunciaba aquellas palabras, Stephen se dio cuenta de que eran absurdas y ridículas.

Ella intentó controlarse para dominar la furia que la invadía.

— No creo que sea el lugar más apropiado para esta clase de discusión.

— Tienes toda la razón.

Tan furioso consigo mismo como con ella, Stephen la sacó de allí.

Ocho

—¡Para! —gritó Rebecca que ya se había repuesto de la primera impresión—. ¿Qué te pasa?

—Te estoy llevando a un lugar más adecuado para nuestra discusión.

La empujó al interior de un ascensor y pulsó el botón correspondiente a su piso.

—Pero tienes invitados —comenzó ella, pero él le lanzó una mirada que la hizo sentir como una estúpida. Recuperando la dignidad, se irguió—. Prefiero que me pregunten si quiero marcharme antes de que me arrastren como si fuera una mula de carga.

Rebecca escapó de Stephen y salió corriendo en cuanto se abrió la puerta del ascensor con la intención de meterse en su *suite* y cerrarle la puerta en las narices. Pero él, en dos zancadas, la alcanzó de nuevo. Rebecca se encontró conducida sin demasiados miramientos a la *suite* de Stephen.

—No quiero hablar contigo —dijo, temiendo que sus dientes empezaran a castañetear en cualquier momento.

No sabía discutir ni siquiera en mejores circunstancias que aquéllas, y frente a la ira de Stephen llevaba todas las de perder.

Él no dijo nada. Aflojó su corbata y se desabotonó la camisa. Fue al bar y sirvió dos copas de *brandy*. Se estaba comportando de una manera irracional y era consciente de ello, pero no podía hacer nada para evitarlo. Aquello era algo nuevo; sin embargo, estaba acostumbrado a sentir emociones nuevas desde la llegada de Rebecca.

Le ofreció una copa a Rebecca y al mirarla quiso gritar, suplicar, pedir. El resultado fue que cuando habló, su voz fue cortante y dura.

—Has venido a Atenas conmigo, no con Dimitri o con cualquier otro

hombre.

Ella no tocó el *brandy*. Estaba segura de que se le caería de tanto que le temblaban las manos.

—¿Es una costumbre griega? —preguntó con una calma que la sorprendió y reforzó su confianza en sí misma—. ¿Se le prohíbe a las mujeres hablar con otro hombre?

—¿Hablar?

Stephen todavía podía ver a Dimitri inclinar su cabeza sobre la de Rebecca. Dimitri que era diestro y educado, que tenía un pasado parecido al que creía que tenía Rebecca, una familia adinerada, una infancia privilegiada y tranquila, lo mejor de la sociedad.

—¿Dejas que todo el que hable contigo te abrace, te toque?

Ella no se sonrojó. Al contrario, se puso pálida. Temblaba, pero no de temor, sino de furia.

—Lo que yo haga y con quién es asunto mío. ¿Me oyes? ¡Mío!

Deliberadamente él alzó su copa y bebió.

—No.

—Si piensas que porque he venido aquí contigo puedes darme órdenes, estás muy equivocado. Yo soy dueña de mí misma. No soy propiedad de nadie, ni de ti, ni de nadie. No recibiré órdenes, ni admitiré presiones de ningún tipo.

Se dio la vuelta para marcharse y él la volvió a alcanzar con rapidez sujetándole los brazos con ambas manos.

—No vas a volver con él.

—No podrías detenerme si fuera eso lo que quisiera hacer en este momento —dijo desafiante—. Pero no tengo intención de volver con Dimitri ni con nadie —dio un tirón para liberarse—. Eres un idiota. ¿Por qué habría de querer estar con él si eres tú al que quiero?

Se quedó quieta, con la boca abierta. Abrumada por la humillación y la furia, se dio la vuelta. Al instante, se debatía en los brazos de Stephen.

—¡Déjame! ¡Oh, dios! ¡Déjame!

—¿No pensarás que te voy a dejar ir ahora?

Le apartó el pelo de la cara y sus ojos se encontraron. Rebecca vio en ellos el triunfo y el deseo.

—Siento como si hubiera estado esperando durante toda mi vida oírte decir esas palabras.

Stephen dejó caer una lluvia de besos sobre el rostro de Rebecca hasta que ella dejó de oponerle resistencia.

—Me vuelves loco —murmuró Stephen—. Quiero estar contigo.

—Por favor, necesito pensar.

Rebecca sentía girar luces y colores en su cabeza.

—No. Pídeme lo que sea excepto más tiempo. ¿Crees que me pasa esto con todas las mujeres?

—No lo sé —dijo gimiendo mientras Stephen le besaba la garganta. Algo salvaje y terrorífico le recorría las entrañas—. No te conozco y tú no me conoces tampoco.

—Yo sí —dijo él apartándose lo suficiente para mirarla a la cara—. Desde el primer momento en que te vi, comprendí que te conocía, te necesitaba, te quería.

Rebecca sabía que era verdad, pero negó con la cabeza.

—No es posible.

—Te he querido antes, Rebecca, casi tanto como te quiero ahora.

Stephen sintió que ella se quedaba quieta. De nuevo el color abandonó su rostro, pero seguía mirándole a los ojos.

—No quiero oírte decir que no es real, que no estás seguro —replicó Rebecca.

—¿No lo sentiste la primera vez que te besé?

Cuando Stephen vio que ella asentía con su expresión, la abrazó más estrechamente; sentía correr su corazón desbocado para igualar el ritmo del suyo.

—De alguna manera, yo he vuelto a ti y tú a mí. No hay más que hablar —y antes de que ella pudiera responder, añadió—. Te necesito esta noche.

Era verdad. Rebecca comprobó la certeza de su aserto cuando sus bocas se juntaron. Y si no era correcto abandonarse al deseo, pagaría el precio que hiciera falta. Ya no podía seguir negándolo.

No hubo ternura en aquel abrazo. Fue como un hambre prolongada que al fin se sacia. Ella dio más de lo que imaginaba tener. Su boca era tan ávida como la de él, sus murmullos igual de desesperados. Sus manos no temblaban al recorrer su cuerpo; acariciaban, presionaban, pedían. Codiciosa, le quitó la chaqueta.

Sí, Stephen había vuelto a ella. Si era una locura creerlo, iba a estar

loca por una noche.

El sabor de Rebecca hacía que la cabeza de Stephen diera vueltas y que le hirviera la sangre. Le mordisqueó el labio y luego succionó hasta que oyó su gemido. Aquella noche la quería desesperadamente. Algo fiero dentro de él exigía una Rebecca débil e indefensa. Cuando ella se abandonó entre sus brazos, él cubrió su boca con los labios y empujó con su lengua. Su respuesta le desgarró, dulce, vulnerable y luego súbitamente ardiente.

Rebecca había dejado caer las manos. Volvió a levantarlas para penetrar dentro de su camisa, para correr debajo de ella por su piel cálida. Sólo podía pensar en lo bien que se sentía cuando lo acariciaba, cuando se apretaba contra él y esperaba a que encendiera nuevos fuegos en sus entrañas.

Stephen lanzó un juramento y la cogió en brazos para llevarla a la habitación.

La delicada luz de la luna arrojaba sombras sesgadas sobre la cama, como en un sueño. Pero la vibración de su pulso le dijo a Rebecca que no se trataba de un sueño. Había un olor a jazmín proveniente de un florero junto a la cama. Era un perfume que siempre recordaría, como recordaría lo profundos y oscuros que eran aquella noche los ojos de Stephen.

Anhelantes y desesperados, cayeron en la cama.

Stephen quería tener cuidado con ella. Parecía pequeña y frágil. Quería demostrarle lo mucho que llenaba su corazón. Pero su cuerpo ardía y Rebecca se movía como un torbellino debajo de él.

Los labios de Stephen estaban en todas partes haciéndola temblar y retorcerse. Unos deseos que nunca había conocido nacían en su interior y se apoderaban de ella. Ella los obedecía en pleno delirio y buscaba más.

Rodaron sobre la cama en una batalla apasionada que culminaría con dos vencedores, acariciando, tomando, descubriendo. Él le quitó el vestido con impaciencia y gimió cuando descubrió sus senos con las manos, con los labios. El deseo llegó a ser absoluto cuando sintió que ella se encumbraba. Su cuerpo ardía como un horno, caliente y fuerte. Las sensaciones que la traspasaban la dejaban sin aliento. Se debatía gimiendo debajo de su cuerpo, abierta a cualquier demanda que Stephen pudiera hacer, anhelando cualquier nuevo descubrimiento que tuviera que ofrecerle.

Al fin conocía lo que era amar, y ser amada, ser deseada más allá de la razón. Se abrazó a él en su desnudez sumida en el poder y la debilidad, en la gloria y el terror.

Stephen cabalgaba sobre ella como si de antemano supiera lo que le iba a hacer temblar, lo que le haría jadear de placer. Nunca antes había conocido a nadie de esa manera ni nunca había estado tan en sintonía con alguien.

Rebecca le hacía sentir como un dios. La acariciaba y su piel vibraba bajo su mano. Ella estaba húmeda, ardiente y expectante. Parecía explotar debajo de Stephen, perdida en el placer, ahogada en la pasión. Ninguna otra mujer le había llevado tan al borde de la locura. Ella echó hacia atrás la cabeza mientras hundía los dedos en las sábanas.

Con su nombre en los labios, entró en ella. Dejó de respirar al tiempo que su mente giraba. Rebecca lanzó un grito de dolor y de alivio que levantó ecos en su cabeza y que les llevó a los dos un sentimiento de triunfo y de culpa. El cuerpo de Stephen estaba rígido mientras luchaba por desandar su camino. Entonces ella pareció cerrarse en torno a él con el cuerpo, con el corazón, con el alma. Tan desvalido como ella, cruzó la línea de la locura llevando a Rebecca consigo.

Nueve

El reflujo de la pasión la atormentaba. Yacía aturdida y confusa en la penumbra de la habitación. Nada la había preparado para aquello. Nadie le había advertido que el placer podía llegar a ser tan inmenso. Si lo hubiera sabido... Rebecca cerró los ojos y estuvo a punto de echarse a reír. Si lo hubiera sabido, haría años que hubiera revuelto el mundo buscando a Stephen.

Sólo a él. Exhaló un suspiro de calma. Sólo a él.

Stephen se estaba maldiciendo a sí mismo lentamente, obstinadamente. Rebecca era inocente, fresca y virgen como la primavera y él la había usado, la había herido.

Enfadado consigo mismo, se sentó y buscó un puro. Pero necesitaba algo más fuerte, necesitaba beber, aunque no confiaba que sus piernas le sostuvieran.

El chasquido de su encendedor sonó como un cañonazo. Por un instante, su rostro, endurecido por la ira y el remordimiento, quedó iluminado.

— ¿Por qué no me lo habías dicho?

Rebecca aún flotaba en un océano de placer y parpadeó.

— ¿Qué?

— Maldita sea, Rebecca. ¿Por qué no me habías dicho que nunca habías estado con un hombre? ¿Que yo era el primero?

Su voz tenía un tono acusatorio. Ella se dio cuenta de que estaba desnuda. Sus mejillas se encendieron mientras buscaba la sábana para cubrirse. Un momento antes había experimentado la gloria; en aquel momento sólo sentía vergüenza.

— No pensé en eso.

—¿No crees que tenía derecho a saberlo? ¿O te parece que esto hubiera ocurrido si yo lo hubiese sabido?

Era verdad que no lo había pensado. No le había importado. Él era el primero, el último y el único. Pero en aquel momento pensaba que un hombre como él quizá no hubiera querido hacer el amor con una mujer inexperta.

—Lo siento. Me dijiste que me amabas, que me deseabas. El resto me pareció poco importante —gritó sin poder dominarse.

Rebecca había gritado. Él había detectado la conmoción y el dolor en su voz. Sí, necesitaba beber algo.

—Pues sí que importa —dijo mientras se levantaba para dirigirse a la otra habitación. A solas, Rebecca dejó escapar un suspiro mientras no dejaba de temblar. Claro que importaba. Sólo una tonta podía haber pensado lo contrario. Él había pensado que estaba tratando con una mujer experimentada y madura que conocía las reglas del juego. Las palabras como «amor», «anhelo» y «deseo» eran intercambiables. Había dicho que la quería, pero tanto amor resultaba al final algo solamente físico.

Rebecca había hecho el ridículo y le había enfadado. Y todo porque había empezado una relación que estaba basada en ilusiones.

Pero había corrido un riesgo conscientemente. Se levantó de la cama dispuesta a pagar el precio.

Stephen ya estaba más calmado cuando volvió al dormitorio, aunque la ira todavía se agitaba en su interior. Pensó que lo que tenía que hacer en primer lugar era demostrarle cómo tenía que haber sido, cómo podía ser. Luego tendrían que hablar, racional y coherentemente.

—Rebecca... —empezó a decir, pero cuando miró a la cama estaba vacía.

Ella se había envuelto en un albornoz y estaba haciendo las maletas cuando escuchó que llamaban a la puerta. Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas para continuar su frenética tarea. No iba a abrirle para ser humillada de nuevo.

—Rebecca, esto es ridículo. Abre la puerta.

De nuevo Stephen había perdido la calma. Golpeaba furioso la puerta mientras maldecía.

Ignorándolo, Rebecca recogía botes y frascos para meterlos de

cualquier manera en su bolso de viaje. Se repetía a sí misma que Stephen acabaría yéndose, pero no se daba cuenta de que había empezado a llorar. Después tomaría un taxi al aeropuerto para coger el primer avión que saliese.

El sonido de la madera hecha astillas hizo que corriera hacia el salón a tiempo de ver cómo Stephen abatía la puerta.

Pensaba que ya le había visto furioso antes, pero se había equivocado. En aquel momento lo veía en su cara. No acertó a decir nada mientras contemplaba tan pronto a Stephen como a la puerta hecha astillas.

Elana apareció corriendo mientras se intentaba anudar el cinturón de su albornoz.

—¿Qué pasa aquí?

Stephen se volvió hacia ella y le dijo algo en un griego áspero y tajante. Elana abrió mucho los ojos y miró a Rebecca con una expresión mezcla de compasión y de envidia, antes de retirarse ante el gesto imperativo de Stephen.

—¿Crees que lo vas a arreglar todo alejándote de mí? —preguntó él, cerrando lo que quedaba de la puerta.

—Quiero... —dijo ella llevándose una mano a la garganta como si quisiera obligarse a pronunciar las palabras—. Quiero estar sola.

—Al infierno lo que tú quieres.

Dio un paso hacia ella, pero se paró en seco cuando Rebecca se quedó encogida de miedo. Stephen había olvidado lo que era hacer verdadero daño hasta aquel instante.

—Una vez te pregunté si tenías miedo de mí y ahora veo que es cierto.

Para controlarse, metió las manos en los bolsillos del pantalón que se había puesto a toda prisa. Rebecca parecía indefensa y aterrorizada, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No volveré a hacerte daño. ¿Quieres sentarte?

Cuando ella negó con un gesto, él lanzó una maldición.

—Entonces me sentaré yo.

—Sé que estás furioso conmigo —dijo Rebecca cuando él se dejó caer en una silla—. Me disculparé si sirve de algo, pero quiero estar sola.

Stephen entrecerró los ojos.

—¿Disculparte? ¿Por qué?

—Por... —Rebecca se preguntaba qué otra cosa podía esperar él que dijera—. Por lo que ha pasado. Por no haberme explicado. Por lo que quieras —continuó mientras las lágrimas arrasaban sus ojos—. Pero déjame sola.

—¡Ay, Dios! —exclamó pasándose una mano por el rostro—. No creo que haya hecho nada más torpe en toda mi vida —dijo incorporándose, pero se detuvo cuando vio que ella se retiraba—. No quieres que te toque. No lo haré, pero espero que me escuches.

Su voz era ronca y tuvo que aclararse la garganta.

—No hay nada que decir. Entiendo lo que sientes y por qué lo sientes. Preferiría que dejáramos el tema de una vez.

—La manera en que te he tratado no tiene excusa.

—No quiero disculpas.

—Rebecca...

—No —alzó la voz conteniendo sus lágrimas—. Es culpa mía. Ha sido mi culpa desde el principio. No, no —gritó cuando él dio otro paso hacia delante—. No quiero que me toques. No podría soportarlo.

Stephen contuvo el aliento y lo dejó escapar con lentitud.

—Te gusta hurgar en la herida.

Pero ella temblaba mientras paseaba nerviosa por la habitación.

—Al principio no importaba, al menos, no creí que importara. No sabía quién eras ni que acabaría enamorándome de ti. Pero he esperado demasiado y lo he echado todo a perder.

—¿De qué estás hablando?

Rebecca pensaba que lo mejor para los dos era confesar de una vez la verdad.

—Has dicho que me conocías, pero no es así porque no he hecho otra cosa que mentirte.

Lentamente, Stephen se volvió a sentar.

—¿Sobre qué me has mentido?

—Sobre todo —dijo con los ojos ahogados por el arrepentimiento—. Y además, esta noche he averiguado que tenías dos hoteles.

—No era ningún secreto. ¿Qué importancia tiene?

—Ninguna si yo fuera lo que aparentaba ser. Después de haber hecho el amor y de que tú... Me di cuenta de que con mi fingimiento te estaba haciendo concebir sentimientos por alguien que no ha existido nunca.

—Rebecca, tú existes. Te tengo delante.

—No, no de la manera que piensas. No de la manera que te he dejado creer.

Stephen se preparó para lo peor.

—¿Qué has hecho? ¿Estás huyendo de América?

—No, sí... —Rebecca no pudo evitar reírse con aquello—. Sí, he estado huyendo. Ya te he dicho que soy de Filadelfia. Allí he pasado toda mi vida, allí he estudiado, he trabajado... yo soy contable.

Rebecca encontró un pañuelo en el bolsillo de su albornoz.

Stephen se le había quedado mirando con expresión incrédula mientras ella enjugaba sus lágrimas.

—¿Perdón? —dijo sin salir de su asombro.

—He dicho que soy contable —contestó Rebecca de golpe, dándose la vuelta para mirar hacia la ventana.

Stephen quiso levantarse, pero lo pensó mejor y no se movió.

—Me resulta difícil imaginarte haciendo cuadrar los libros de cuentas, Rebecca. Si te sentaras podríamos poner todo esto en claro.

—¡Maldita sea! Te he dicho que soy una contable diplomada especializada en impuestos de empresas. Hace pocas semanas todavía trabajaba para la empresa McDowell, Jableki & Kline.

Stephen pareció comprender.

—De acuerdo. ¿Y qué hiciste? ¿Un desfalco?

Rebecca echó hacia atrás la cabeza al borde de un ataque de risa. Pensaba que si contestaba afirmativamente, le intrigaría bastante. Pero el momento de las intrigas había pasado. Había llegado la hora de la verdad.

—No. No he hecho nada ilegal en mi vida. Ni siquiera me han puesto una multa. Nunca había hecho nada fuera de lo corriente hasta hace unas pocas semanas.

Comenzó a pasear otra vez, demasiado agitada para quedarse quieta.

—Nunca había viajado, nunca un hombre me había mandado una botella de champán, nunca había paseado a la luz de la luna por la playa y nunca había tenido un amante.

Stephen no dijo nada, no porque estuviera aburrido o enfadado, sino porque estaba fascinado.

—Tenía un buen empleo, tenía mi propio coche y algunas inversiones

que me hubieran asegurado una jubilación cómoda. Para mis amigos soy alguien en quien se puede confiar. Si alguien necesita que les cuiden a los niños, saben que pueden llamar a Rebecca. Da igual que necesiten consejo o a alguien que dé de comer a sus peces cuando están de vacaciones. Nunca he llegado tarde al trabajo y nunca me he retrasado en la comida.

—Admirable —comentó Stephen ganándose una mirada fulminante.

—Justo el tipo de empleado que a ti te gustaría contratar.

Stephen tuvo que contener la risa. Se había preparado para que le confesara que tenía el récord de encarcelamientos de todo el estado. En vez de eso le contaba que era contable y que tenía una hoja de servicios excelente.

—No tengo ningún deseo de contratarte, Rebecca.

—Da lo mismo. Cambiarás de opinión cuando te cuente el resto.

Stephen cruzó las piernas y se arrellanó en su asiento.

—Estoy ansioso de oírlo.

—Mi tía murió de repente hace tres meses.

—Lo siento. Sé lo difícil que es perder a alguien de la familia.

En aquel momento le hubiera gustado ir hacia ella y abrazarla, pero estaba claro que aún no estaba preparada.

—Ella era todo lo que me quedaba —dijo abriendo las puertas del balcón. El aire cálido y fragante de la noche penetró en la habitación—. No podía creer que se había ido para siempre, así, sin previo aviso. Hice los preparativos para el funeral. Sin adornos ni aspavientos. Como le hubiera gustado a ella. Tía Jeannie era una mujer muy austera, no sólo en el sentido económico, sino en el vestir, en el hablar. La gente siempre me había comparado con ella.

Stephen levantó las cejas mientras contemplaba cómo Rebecca se dejaba mecer por la brisa.

—Poco después de su muerte, no sé decir si fueron días o semanas, algo estalló dentro de mí. Me detuve a contemplar mi trabajo, a mí misma y lo odié todo. De pronto me veía al cabo de diez, treinta años, sin nada más que lo que ya tenía. No pude soportarlo.

Ella se dio la vuelta mientras la brisa hacía ondear el vuelo de su albornoz.

—Me despedí y lo vendí todo.

—¿Qué?

—Lo vendí todo: coche, apartamento, muebles, libros, absolutamente todo lo que poseía. Lo convertí todo en cheques de viaje, incluso la pequeña herencia que me había dejado mi tía. Miles de dólares. Sé que a ti no te parecerá mucho, pero era más de lo que yo había imaginado tener alguna vez.

—¡Un momento! —exclamó él levantando una mano—. Quiero asegurarme que lo he entendido bien. Me estás diciendo que vendiste todas tus posesiones.

Rebecca no podía recordar haberse sentido más ridícula que en aquel instante, pero reunió valor y continuó.

—Hasta la cafetera.

—Asombroso.

—Compré ropa y una maleta nueva y volé a Londres. En primera clase. Nunca había subido a un avión.

—Nunca habías volado pero tu primer viaje fue cruzar el Atlántico.

Rebecca no se dio cuenta de que había admiración en la voz de Stephen; pensaba que estaba divirtiéndose.

—Deseaba ver algo diferente, convertirme en otra persona. Me hospedé en el Ritz y saqué fotos del cambio de guardia. Después volé a París y fui a un salón de belleza.

Se llevó la mano al pelo inconscientemente. Stephen era consciente de que estaba sobreexcitada y procuró no sonreír.

—Después de París, vine a Grecia y te encontré a ti. Todo sucedió porque yo dejé que sucediese —Rebecca sentía que se le escapaban las lágrimas y sólo esperaba que él no se diera cuenta—. Tú te sentiste atraído por alguien que no era yo. Nunca antes había tenido un romance. Nadie me había mirado antes como tú lo hiciste.

Una vez más, Stephen escogió con cuidado sus palabras.

—¿Me estás diciendo que yo era otra aventura, como volar a un salón de belleza en París?

Rebecca nunca podría explicar lo que el estar con él había significado para ella.

—Las disculpas o las explicaciones no van a cambiar nada ahora. Pero lo siento, Stephen, lo siento mucho.

Él no vio las lágrimas, pero oyó el arrepentimiento en su voz.

Entrecerró los ojos mientras todo su cuerpo se tensaba.

—¿Te estás disculpando por haber hecho el amor conmigo, Rebecca?

—Me disculpo por lo que tú quieras. Haría lo que fuera por ofrecerte una reparación, pero no veo cómo a menos que me tire por la ventana.

—No creo que esto requiera algo tan drástico. Quizá si te sentaras...

Ella rehusó y permaneció donde estaba.

—Ya no puedo soportarlo más por esta noche. Stephen, lo siento. Tienes todo el derecho a estar enfadado.

Stephen se levantó sintiendo aquella impaciencia que ya le resultaba familiar. Pero Rebecca tenía un aspecto tan pálido y frágil y parecía tan preocupada que se dominó. No la había tratado con cortesía, pero podía ser un buen momento para empezar.

—De acuerdo, mañana hablaremos después de que hayas descansado.

Quiso aproximarse a ella, pero volvió a detenerse. Llevaría tiempo demostrarle que había otras maneras de amar, de que el amor era mucho más que una aventura.

—Quiero que sepas que me arrepiento de lo que ha pasado esta noche. Pero eso también puede esperar hasta mañana. Ahora descansa.

Mantuvo las manos en los bolsillos para no acariciarla.

Rebecca había creído que tenía roto el corazón, pero eso no había sido nada comparado con aquel instante. No confiaba en su propia voz y se limitó a asentir.

Stephen la dejó sola y cerró la puerta destrozada como pudo. Rebecca pensaba que no debía de haber en el mundo otra mujer más estúpida que ella. Pero ya no importaba.

Al menos quedaba algo que sí podía hacer por los dos. Desaparecer.

Diez

Rebecca suponía que debía de ser culpa suya. Tenía delante de sí media docena de puestos de contable en los anuncios de trabajo, pero ninguno le interesaba. Había trazado un círculo alrededor de los más prometedores. No podía dejar de pensar en Stephen, no había podido hacer otra cosa en dos semanas.

Se preguntaba lo que habría sentido él cuando descubrió que se había ido. Quizá alivio o quizá una vaga incomodidad por haber dejado un negocio sin cerrar. Con el lápiz en la mano miraba por la ventana de la casa que había alquilado. En sus fantasías se lo imaginaba buscándola furiosamente, decidido a encontrarla a costa de lo que fuese. Suspiró pensando que la realidad no era tan romántica. Estaba segura de que se había sentido aliviado. Ella no era sofisticada, pero al menos había salido de su vida discretamente.

Y había llegado el momento de poner en orden su propia vida.

Lo primero era lo primero. Tenía una casita y el pequeño cuadrado de césped que constituía su jardín iba a hacerla feliz. Aquello era un reto en sí. Su antiguo apartamento estaba en pleno centro de la ciudad, en el quinto piso de un edificio moderno con todas las comodidades. Aquella casita encantadora estaba sus buenos cuarenta kilómetros del centro, pero podía oír los pájaros por la mañana. Si miraba por la ventana podía ver viejos robles y arces que susurraban con el viento. Quizá no era un cambio tan grande como volar a París, pero para Rebecca era todo un logro.

Había comprado algunos muebles. «Algunos» era sólo una manera de expresarse. El mobiliario se reducía a una cama, una mesa vieja y una silla.

No era lógico. Pero no quería nada lógico. No quería ninguna elegante sala de estar con las cortinas a juego. Incluso el juego de toallas que había comprado le parecía frívolo. Pero era lo que quería. Se proponía hacer lo que durante años había querido y había mantenido en secreto. Iba a comprar lo que realmente necesitara, no por su precio o su durabilidad.

Se preguntaba cuántas personas entendían de verdad la importancia de tomar decisiones realmente deseables. Ella lo había hecho con su casa, con su peinado... Los cambios de apariencia tenían que llevar a los internos. O viceversa. De cualquier modo, nunca volvería a ser la mujer de antes.

O quizá sería la mujer que siempre había sido y que un día se negó a admitir. ¿Y por qué estaba señalando los anuncios? ¿Por qué estaba allí sentada en una mañana hermosa planeando un futuro en el que no tenía el menor interés? Quizá fuera verdad que nunca podría llegar a tener a la única persona que quería. Ya no habría más paseos a la luz de la luna, ni más noches de amor frenéticas. Sin embargo, conservaba los recuerdos, los momentos y los sueños. No había arrepentimiento con respecto a lo ocurrido con Stephen ni nunca lo habría.

Rebecca se sentía más fuerte después de aquel viaje.

Más segura de sí misma. Más libre. Y lo había conseguido ella sola.

No se le ocurría nada que le apeteciera menos que entrar a trabajar para otro, cuadrando números, calculando costes y beneficios. Y no lo haría.

No volvería a dejar su vida ni su carrera en las manos de otro. Abriría su propia compañía. Una compañía por supuesto pequeña, pero también personalizada y con carácter. ¿Por qué no? Tenía la capacidad y la experiencia y había reunido al fin el coraje.

No iba a ser fácil. De hecho, iba a ser arriesgado. Con el dinero que le quedaba tenía que pagar el alquiler, equipo, publicidad... Reía mientras fue a buscar un cuaderno. Tenía que hacer una lista de cosas que debía hacer y otra de gente a la que llamar. Confiaba en persuadir a algunos de sus contactos de la vieja empresa para que le dieran una oportunidad.

—Un momento —gritó cuando escuchó que llamaban a la puerta.

Rebecca sabía que antes de abrir era conveniente cerciorarse por la mirilla, pero estaba tan absorta en sus planes que ni siquiera lo pensó.

Cuando abrió la puerta se encontró cara a cara con Stephen.

Incluso si Rebecca hubiera podido hablar, no le hubiera servido de nada, porque él no estaba de humor para dejarla tranquila.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó mientras cerraba de un portazo—. ¿Intentas deliberadamente volverme loco? ¿O es algo que te sale natural?

—Yo...

Fue inútil resistirse, él ya la había abrazado. Las palabras que iba a decir se disolvieron en un gemido contra sus labios. El cuaderno cayó al suelo, pero cuando levantaba las manos para abrazarle, él se apartó.

—¿A qué estás jugando, Rebecca?

Ella sólo podía mover la cabeza y Stephen se metió las manos en los bolsillos y empezó a dar zancadas por la habitación casi vacía. Estaba sin afeitarse, despeinado y muy atractivo.

—Me ha costado dos semanas y un montón de problemas el dar contigo. Creía que habíamos acordado volver a hablar. Me sorprendió comprobar que no sólo te habías ido de Atenas sino que también habías dejado Europa.

Se dio la vuelta y la fulminó con la mirada.

—¿Por qué?

Rebecca se sentía aturdida pero luchó para no balbucear.

—Pensé que lo mejor sería irme.

Él dio un paso hacia ella. Su furia era tan palpable que Rebecca tuvo miedo.

—Creíste que sería lo mejor... pero, ¿para quién?

—Para ti. Para los dos —dijo mientras intentaba ocupar sus manos en algo—. Sabía que estabas furioso conmigo por haberte mentido y que te arrepentías de lo que había pasado entre nosotros. Me pareció que sería mejor para los dos si...

—¿Escapabas?

—Si me marchaba.

—Dijiste que me amabas —la acusó él.

—Lo sé —contestó ella tragando saliva.

—¿Era otra mentira?

—Por favor. No esperaba verte otra vez. Estoy intentando darle un sentido a mi vida, hacer no sólo lo que debo hacer sino lo que me haga

feliz. En Grecia hice lo que me hacía feliz sin preocuparme de si era justo o no. El tiempo que estuve contigo fue...

—¿Fue qué?

Rebecca se pasó las dos manos por el pelo y levantó el rostro. Era como si aquellas dos semanas no hubieran pasado. Otra vez se enfrentaba a él para intentar explicarle, aunque no sabía cómo hacerlo.

—Fue lo mejor que me ha sucedido nunca, lo más importante, lo más inolvidable. Siempre me sentiré agradecida por haber vivido aquellos días.

—¡Agradecida!

Stephen no sabía si reír o asesinarla. Dio otro paso y la sorprendió al ponerle las manos alrededor de la garganta.

—¿Por qué agradecida? ¿Por haber echado tu primera cana al aire? ¿Por un romance rápido y anónimo sin ninguna consecuencia?

—No —dijo poniéndole la mano en la cintura, pero sin resistirse—. ¿Has hecho el viaje para que me sienta más culpable?

—He venido desde tan lejos porque siempre acabo lo que empiezo. Y nosotros aún no hemos acabado, Rebecca.

Rebecca se decía que debía mantener la calma. Cuando un hombre se hallaba en aquel estado, la mejor defensa para una mujer era la serenidad.

—Muy bien. Si me sueltas, hablaremos. ¿Quieres un café?

Stephen apretó los dedos al oírla y luego fue relajándose poco a poco.

—Habrás comprado otra cafetera.

Rebecca se preguntó si era humor lo que había en sus ojos.

—Sí. Sólo hay una silla. ¿Por qué no te sientas mientras voy a la cocina?

Stephen la cogió del brazo.

—No quiero café, ni silla, ni conversación.

La serenidad no parecía funcionar demasiado.

—De acuerdo. ¿Qué quieres?

—A ti. Creía que lo había dejado suficientemente claro —dijo mirando en torno a él—. Y ahora dime, Rebecca. ¿Es esto lo que tú quieres? ¿Un puñado de habitaciones para estar sola?

—Quiero tener lo que sea lo mejor para mí. Ya me he disculpado por haberte decepcionado. Me doy cuenta de que...

—¡Decepcionarme! —Stephen levantó una mano para que se detuviera—. Quiero aclarar por lo menos este punto que se refiere a mí. ¿De qué manera me has decepcionado?

—Dejándote pensar que yo era algo que no soy.

—¿Acaso no eres una mujer hermosa y apasionada? Rebecca, tengo demasiado orgullo para creer que pudieras decepcionarme tan completamente.

Ella estaba segura de que él la estaba confundiendo deliberadamente.

—Ya te he dicho lo que hice.

—Sí —convino él—. Y cómo lo hiciste.

Otra vez llevó su mano a su cuello, pero en esa ocasión se trataba de una caricia. A Rebecca ya no le temblaban las rodillas ante su furia, pero sentía que flojeaban ante su ternura.

—Vendiendo tus posesiones para volar a París y meterte en un salón de belleza. Dejando tu trabajo para agarrar la vida con las dos manos. Me fascinas —dijo rozándole la boca con los labios. La atrajo hacia sí lentamente. Una sensación de alivio le recorrió el cuerpo al notar que ella se abandonaba—. ¿Crees que era tu ambiente lo que me atraía?

—Estabas furioso —acertó a articular Rebecca.

—Sí. Furioso ante la idea de que había sido una parte de tu experimento —dijo antes de profundizar el beso—. Furioso porque pensaba que era un capricho pasajero.

Ella ardía entre sus brazos tal como él la recordaba, tal como él la necesitaba.

—¿Tengo que decirte que durante dos semanas no he podido trabajar ni pensar? A cualquier parte donde mirara estabas tú, pero no podía encontrarte.

—Tenía que irme —se justificó ella mientras introducía sus manos debajo de su camisa para poder sentir el calor de su piel de nuevo—. Cuando dijiste que te arrepentías de haber hecho el amor...

Sus propias palabras la hicieron recuperarse. Retiró las manos con rapidez y se alejó de él.

Stephen se quedó mirándola durante un momento, lanzó un juramento y comenzó a pasear por la habitación.

—Nunca creí que fuera un idiota tan grande. Aquella noche te herí de una manera muy distinta de la que yo pensaba.

Se detuvo y suspiró. Rebecca se dio cuenta entonces de lo cansado que estaba.

—Siéntate y descansa. Deja que te prepare algo.

Stephen se pasó las manos por los ojos. Había sentido de nuevo deseos de estrangularla y de reír. Eso era lo que ella necesitaba y lo que entendía. Pero al mismo tiempo le desconcertaba.

—Me has debilitado, Rebecca, y has sacado a la luz el tonto que hay dentro de mí y que yo había olvidado. Me sorprende que me dejaras poner el pie en tu casa.

La furia se desvaneció tan rápidamente como había sobrevenido. Todo lo que necesitaba mirar estaba en los ojos de Rebecca. Respiró profundamente para serenarse. Un hombre no siempre tiene tantas oportunidades para alcanzar la felicidad.

—Rebecca, yo nunca me he arrepentido de haber hecho el amor contigo. Sólo me arrepiento de cómo sucedió. Tú necesitabas mucho y yo no me daba cuenta. Por eso me arrepiento de aquello y siempre lamentaré que en tu primera vez hubiera fuego, pero no calor ni ternura.

Rebecca tomó sus manos y se las llevó a los labios.

—Fue muy hermoso.

—En cierta manera, sí. Pero no fui ni amable ni tierno, como tiene que ser la primera vez.

Rebecca sintió que la esperanza renacía en su corazón.

—Nada de eso importaba.

—Importaba mucho más de lo que puedas imaginar. Y después de que me lo contaras todo, importaba todavía más. Si yo hubiera hecho lo que me dictaban mis instintos en aquel momento, nunca me habrías dejado.

Con suavidad y ternura acercó la punta de uno de sus dedos a su boca y la cogió de la mano mirándola fijamente a los ojos.

—Deja que te muestre ahora cómo tenía que haber sido. Rebecca, ¿me quieres?

Era el momento de la verdad.

—Sí.

Stephen la alzó en brazos escuchando cómo se agitaba su respiración.

—¿Confías en mí?

—Sí.

A Rebecca le dio un vuelco el corazón cuando vio que él sonreía.

—Debo preguntarte algo más.

—¿Qué?

—¿Tienes una cama?

Ella notó que se sonrojaba a pesar de la risa.

—Ahí mismo.

Ella temblaba, lo que hacía que Stephen recordase lo cuidadoso que debía ser con ella en esa ocasión. La luz del sol se derramaba sobre la cama y sobre ellos. La besó con besos dulces y profundos hasta que Rebecca dejó de abrazarle y sus brazos cayeron inertes. Ella seguía temblando y él la arrullaba mientras sus labios recorrían sus mejillas y su cuello.

Stephen le había enseñado la desesperación que podía causar el amor. Pero en aquel momento quería demostrarle que el amor también podía significar serenidad y dulzura.

Él quería enseñarle, no aprender, infundirle confianza pero sin buscar nada a cambio. Pero aprendió y fue reconfortado. El deseo estaba allí tan fuerte como siempre. Pero la fuerza estaba atemperada por la paciencia. No tenía prisa. Le abrió la bata para deleitarse en la luz del sol que caía sobre su cuerpo, en la manera que tenía su piel de arder cuando la tocaba.

Mientras la desnudaba, Rebecca respiraba agitada y nerviosa. Pero Stephen se dio cuenta de que no eran nervios. Ella se sentía fuerte, capaz y segura. Era la impaciencia lo que la hacía temblar. Con un suspiro, ella se inclinó buscando el contacto de sus manos. Le mordisqueó ligeramente los pezones y ella pasó de repente de la serenidad a la pasión.

Stephen se movía con lentitud guiándola hacia una especie de tormento ardiente que nunca antes había experimentado. El deseo le arrasaba el vientre y su cuerpo se retorció como un muelle. Reprimiendo su propio deseo, Stephen liberó el de Rebecca y la contempló mientras volaba por encima de la primera cumbre.

Entró en ella refrenando sus propias pasiones, decidido a verla remontarse de nuevo.

—Dime que me amas. Mírame a los ojos y dímelo.

Rebecca abrió los ojos. De alguna manera recobraba la fuerza rápida y

poderosamente. Las sensaciones se agolparon. Ella se movió a su ritmo presionando, corazón contra corazón. Pero sólo veía sus ojos azules, oscuros e intensos. Quizá se estaba ahogando en ellos.

—¡Stephen, te quiero!

Luego cayó en las profundidades insondables de aquellos ojos. Apretó los brazos en torno al cuerpo de Stephen y lo arrastró al fondo con ella.

Él la estrechó entre sus brazos para poder acariciarle el pelo mientras recuperaba el pulso normal. Ella era inocente. Pero la sorpresa que había tardado dos semanas en digerir era que él había sido tan inocente como ella. Stephen conocía la pasión, pero nunca había conocido una intimidad que llegase al corazón tan completamente como al cuerpo. Y sin embargo...

—Ya hemos estado antes aquí —murmuró él—. ¿Puedes notarlo?

Ella jugueteó con sus dedos.

—Yo nunca creía en cosas como ésta hasta que te conocí. Cuando estoy contigo es como si recordara. No sé explicarlo.

—Te quiero Rebecca.

Ella le acarició las mejillas.

—No quiero que digas nada que no sientas de verdad.

—¿Cómo puede una mujer ser tan inteligente y tan estúpida a la vez?

Hizo un movimiento brusco y rodaron hasta que él quedó encima de ella.

—Un hombre no viaja miles de kilómetros sólo para esto, por muy delicioso que sea. Te amo, y aunque este sentimiento me molestó durante una temporada, ya estoy acostumbrado.

—¿Te molestó?

—Me enfurecía —dijo besándola para que no pudiera responder—. Me veía a mí mismo libre para siempre. Y entonces encontré a una mujer que había vendido su cafetera para sacar fotos a las cabras.

—No tengo intención de interferir en tus planes.

—Ya lo has hecho.

Stephen sonreía mientras la sujetaba cuando ella intentaba separarse.

—El matrimonio acaba con algunas libertades, pero abre la puerta a otras.

—¿Matrimonio? —exclamó ella renunciando a debatirse, pero

apartando la cabeza para esquivar otro beso.

—Muy pronto —dijo él frotando la nariz contra su nuca—. De inmediato.

—Yo nunca he dicho que me casaría contigo.

—No, pero lo harás —dijo acariciándola con la punta de los dedos—. Soy un hombre muy persuasivo.

—Necesito pensarlo —se excusó aunque temblaba otra vez—. Stephen, el matrimonio es un asunto muy serio.

—Es mortal. Y tengo que advertirte que he decidido matar a todo el que te mire durante más de veinte segundos seguidos.

—¡No me digas!

Rebecca se volvió para mirarle, dispuesta a enfadarse. Pero él sonreía. Nadie le había sonreído nunca de aquella manera.

—¿De verdad?

—No puedo dejar que te vayas. Ni puedo ni quiero. Vuelve conmigo y casémonos. Ten hijos conmigo.

—¡Stephen!

Él le puso un dedo en los labios.

—Sé lo que te pido. Has empezado una nueva vida con planes nuevos. Nosotros sólo hemos pasado unos días juntos, pero sé que te puedo hacer feliz. Te puedo prometer que te amaré toda la vida o cuantas vidas tengamos. Una vez, siguiendo un impulso, te lanzaste al mar. Lánzate conmigo ahora, Rebecca. Te juro que no te arrepentirás.

Presionó levemente con el dedo en sus labios y retiró la mano.

—Toda mi vida me he preguntado qué encontraría si me atreviera a asomarme al mundo. Te encontré a ti —dijo Rebecca riendo—. ¿Cuándo quieres que nos vayamos?



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el seudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirla... Así nació su primer libro: Fuego irlandés. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mystery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, «la novela romántica con suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo». Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.